

Boletín Salesiano

Revista de las Obras de Don Bosco

Turin — Via Coltoengo N. 32.

SUMARIO. La Cooperación Salesiana - IV	141	lico y nuevo Vicariato Apostólico	154
Vida del Ven. D. Bosco	144	EL CULTO DE MARÍA AUXILIADORA: Nuevo templo de María Auxiliadora — Gracias de María Auxiliadora	159
Tesorero espiritual	147	POR EL MUNDO SALESIANO: Charabanchel Alto — Noticias varias	163
D. Juan Lemoyne	148	Necrología — Cooperadores difuntos	167
Mons. Fagnano	153		
DE NUESTRAS MISIONES: República Argentina; Dos puentes improvisados — Nuevo Prefecto Apostó-			

La Cooperación Salesiana

IV.

Espíritu de Fe.

DE lo dicho anteriormente se deduce que la Cooperación Salesiana es ante todo una *vasta organización* de las fuerzas católicas, bajo la bandera de la cruz y las órdenes de los Prelados, para trabajar por el reinado de Jesucristo, en conformidad con las necesidades y exigencias de los tiempos. Cada uno de los Cooperadores, como cada uno de los Salesianos debiera, según la feliz expresión del R. P. Pedro Ricaldone, reproducir la imagen de D. Bosco, ser otro D. Bosco en medio de los suyos.

El Cooperador debe continuar y aumentar en el mundo ese apostolado religioso-social que absorbió la vida de

nuestro Venerable Padre, siguiendo el espíritu con que él trabajó. Su primera cualidad, si quiere que su trabajo sea fecundo y realmente salesiano, es la la de ser *hombre de fe*. Hoy día está visto (si ya el mismo sentido común no lo hubiera de antemano adivinado), que no hay apostolado sin fe, y fe activa y profunda; que no hay educación posible sin religión; que no hay sociología digna de sus altísimos programas si no tiene su base en la religión de Cristo; que sin eso ni se remedian necesidades, ni se consuelan penas, ni se convierten infieles, ni se civilizan salvajes, ni se se mejoran costumbres, ni se hace nada de cuanto los Cooperadores salesianos se proponen como programa.

Quizá cumpliera aquí una disertación sobre el espíritu de fe y sobre los medios que consideramos indispensables para adquirirlo y nutrirlo. Pero con

esto en realidad no haríamos sino enumerar los deberes del buen cristiano; y ello, si por una parte demostraría plenamente la afirmación de D. Bosco, de que *Cooperador Salesiano y buen cristiano son sinónimos*, nada o poco de nuevo nos diría, a no ser que descendiéramos a hablar del carácter especial que tomó en nuestro Padre la piedad, de las manifestaciones especiales de su fe, del cello particular que dió a sus energías espirituales, etc., lo cual nos llevaría muy lejos, si bien no carecería de interés y provecho.

Dejándolo, pues, por ahora, y recomendando a nuestros amados Cooperadores la lectura de la Vida de Don Bosco y de los libros que, como « La Institución Salesiana », « Los Oratorios festivos », « El Sistema Educativo del Vble. Bosco », etc., explican o estudian su espíritu; no queremos, no debemos pasar por alto un ejercicio que nuestro Vble. Padre recomendaba, con insistencia, cual medio indispensable y seguro de adelantamiento espiritual. Hemos nombrado el *Ejercicio de la Buena Muerte*.

En el *Manual del Católico*, publicado por D. Bosco en 1868, leemos estas palabras, que parecen escritas expresamente para los Cooperadores:

« Aunque sincera sea nuestra voluntad de servir a Dios y llevar una vida verdaderamente cristiana, sin embargo tenemos necesidad de reforzarla de cuando en cuando con ejercicios de piedad y de nutrirla con saludables reflexiones. Por tanto, tomemos la saludable costumbre de tener *cada mes un día de retiro para hacernos cada día más celosos en el servicio de Dios* ».

En estas sencillas palabras define el gran Maestro la piadosa práctica y determina sus fines.

Y, como si aún le pareciera poco, D. Bosco insiste, y tomando el tono solemne del orador, exhorta:

« Escojamos *cada mes el día* más oportuno, y meditemos con alguna atención las grandes verdades de nuestra Santa Religión, en las cuales el mundo piensa tan solo superficialmente. Escuchemos la voz del Señor, que se deja oír especialmente en el retiro. Recibiremos gracias correspondientes al celo que por nuestra salvación tengamos. No se nos pide sino un día al mes. ¿Y quién puede negarse a ocupar cada mes un día en un negocio tan importante? Hallamos tanto tiempo para los negocios temporales, para entregarnos a los placeres y diversiones y no hallaremos un día al mes, para pensar algo más seriamente en la salvación de nuestra alma? »

A esta urgente invitación hace seguir algunas normas para hacerlo bien: un breve examen de conciencia mensual, varias meditaciones sobre el pecado, la tibieza, el amor de Dios, la santificación de las acciones ordinarias, sobre el celo, la muerte... todas admirablemente acomodadas al fin, y de tal naturaleza, que no deben ignorarlas los que deseen conocer a fondo el espíritu de D. Bosco.

En la quinta meditación, que es « *sobre el estado de un alma que no tiene celo* », descubre por modo admirable su gran deseo de suscitar numerosos Cooperadores de su santo apostolado, almas que ardan en el fuego sagrado, en el anhelo de procurar la salud eterna del prójimo.

« El amor de Dios y el amor del prójimo, exclama, hé aquí el fuego sagrado que Jesucristo ha venido a traer a la tierra, y que desea ardientemente encender en nuestros corazones. ¿Hay por acaso una centellica de él en un alma que mira con indiferencia la gloria de Dios y los ultrajes que se le infieren, la salud o la ruina de sus hermanos? Evidentemente esta alma traiciona el primer mandamiento de la ley de Dios. « En cuanto al mandamiento del amor del prójimo, que es semejante al del

amor de Dios, si nos obliga a socorrer a nuestros hermanos en sus necesidades temporales, nos impone con mayor razón una obligación más estrecha, de ayudarles en sus necesidades espirituales. Nosotros debemos amar a nuestros hermanos como Jesucristo nos amó a todos nosotros... para salvar nuestra alma, Jesucristo ha derramado toda su Sangre.»

Y así, penetrado de esta verdad que refuerza su pensamiento y lo esclarece y nos deja vislumbrar en sus palabras el dolor al ver la ruina de tantas almas, manifiesta ya el atrevido pensamiento de su vasta organización y de lanzar a todo el mundo el programa de la cooperación salesiana.

«Es fácil engañarse en esto del cielo. Algunos creen que es cosa exclusiva de los ministros del culto el ocuparse en la salvación de las almas. Este es un grande engaño. En estos desgraciados tiempos el demonio trabaja a más no poder para tentar y perder las almas. Los herejes, los incrédulos, los impíos, los malos cristianos, emplean mil ardidés para corromper la fe y las costumbres... ¿Y tendré yo la ruindad de decir con Caín: «Soy acaso yo el guardián de mi hermano?»

«Dios manda a cada cual tener cuidado de su prójimo. Y entre tanto, nosotros nos dormimos, descuidando una obligación de tamaña importancia... Pero a la hora de la muerte será el espantoso despertar. ¡Qué tremenda sentencia en el tribunal de Dios!»

Y por esto, confiando que la práctica del Ejercicio de la buena muerte, con su conjunto de gracias divinas, sea poderoso a despertar los corazones y hacerlos salvar las fronteras de la piedad individual, para lanzarlos a la generosa práctica de la caridad, le dedica nada menos que 38 páginas del manual a dicho ejercicio, y al fin resume en estas palabras sus admirables frutos:

«El fruto principal de este ejercicio debe ser un religioso desprendimiento de las cosas terrenas, que en la muerte hemos de abandonar, debe ser el aumento en el amor de Dios, el horror y la fuga de cuanto lo puede desagradar; un verdadero deseo de trabajar en nuestra santificación, con el ejercicio de las virtudes propias de nuestra edad y nuestro estado; la práctica constante de las buenas obras».

Ahora bien, si el mejor fruto del piadoso Ejercicio de la Buena Muerte es «la práctica constante de las buenas obras», ¿cómo no recomendarlo a los Cooperadores Salesianos, a quienes él asignó como «*fin fundamental*», no sólo «*el ejercicio de la caridad para con el prójimo?*»

Y ahora se comprende por qué Don Bosco, que no quiso imponer a los Cooperadores ninguna práctica especial de piedad, no dejó de aconsejarles algunos días de Ejercicios Espirituales durante el año, y de inculcarles *explicitamente*, por no decir prescribirles el retiro mensual o Ejercicio de la Buena Muerte.

Hé aquí sus palabras: están en el Reglamento de los Cooperadores (1).

«A los Cooperadores Salesianos no se les prescribe práctica alguna exterior; pero, a fin de que su vida pueda asemejarse a la vida religiosa, se les recomienda la modestia en el vestido, la frugalidad en las comidas, la sencillez en sus habitaciones, la moderación en sus palabras, la exactitud en los deberes de su estado, procurando al mismo tiempo que sus subordinados observen y santifiquen las fiestas.

«Se les aconseja que tengan todos los años algunos días de retiro espiritual. El último de cada mes, o en otro día que les fuere cómodo, harán el **Ejercicio de la Buena Muerte**, confesando y comulgando, como si realmente fuera el último de su vida. Ya sea en el re-

(1) Reglam. de los Coop. VIII, 1º y 2º.

tiro espiritual, ya en el de la Buena Muerte, ganarán Indulgencia Plenaria».

En estas palabras del Reglamento está de mano maestra trazado un programa de vida cristiana, cual pudiera formularlo el dulcísimo Autor de la Filotea. La vida religiosa no es sino la vida cristiana practicada hasta en los consejos evangélicos. Sin llegar a tanto, la de los Cooperadores se acerca mucho a la de los religiosos salesianos. Así la unión es más íntima, y por lo mismo, más eficaz.

También vemos aquí ordenado el Ejercicio de que venimos hablando.

No es, pues, una novedad la exhortación de nuestro venerando Superior General, para que los Cooperadores se unan a los Salesianos en la práctica de este Ejercicio; sino una explícita

recomendación de D. Bosco, expresamente bendecida por el Vicario de Jesucristo y enriquecida con Indulgencia Plenaria.

Dada la importancia del asunto y la que le daba nuestro Venerable Padre y los frutos, que de él se prometía; fácil será que volvamos sobre él, indicando algunos medios de que pueden valerse los señores Cooperadores y Cooperadoras para hacerlo provechosamente.

Anhelamos que la tercera rama de la Familia Salesiana se úna decididamente a las otras dos, y que celebremos juntos este devoto Ejercicio que producirá frutos abundantísimos. Sería un recuerdo precioso del Centenario del nacimiento de nuestro amado Padre, ya que entonces, y como tal, lo propuso el Rvmo. Rector Mayor, el amadísimo P. Albera.

VIDA DEL VEN. DON BOSCO

CAPITULO VI.

Nuevas pruebas y consuelos.

La muerte de D. Calosso había venido a truncar bruscamente los estudios de Juan, y como el año escolar estaba ya adelantado se dificultaba también su entrada en la escuela de Castelnuovo d'Asti, donde, paralelo a las elementales ese había abierto un curso de latín. Pero Margarita, decidida a todo, y ayudada por Miguel, que era muy estimado en el pueblo, pudo superar todas las dificultades. Y así Juan entró en la escuela por Navidades. Tuvo que vencer grandes dificultades para ponerse al nivel de sus compañeros, pero lo logró bien pronto.

Además, tenía que volver a casa a mediodía. Así, entre las dos idas y vueltas tenía que hacer unos 20 kilómetros casi siempre por entre la nieve, el hielo, el fango. Para ahorrar gastos a su madre, se quitaba los zapatos y hacía este camino descalzo. Margarita, no tardó en advertir que esto era peligroso a su salud y suprimió el viaje de mediodía, dándole su ración que él depositaba y comía en caso de un sastre llamado Juan Roberto, buen sujeto, aficionado al canto gregoriano y a la música. Pero como el invierno apretaba, acabó por colocarlo en pensión en casa de dicho sastre.

Ella misma lo acompañó, y al despedirse, le dijo esta palabra de orden:

— Sé devoto de la Virgen.

La clase del latín, instituida hacía poco, era única, y en consecuencia reunía todos los alumnos de los diversos cursos del gimnasio, bajo la dirección de un solo profesor, que lo era D. Manuel Virano, del mismo Castelnuovo, hombre de grande ciencia, rara habilidad para comunicarla y singular ascendiente sobre los niños. Metódico y ordenado, sus alumnos aprovechaban mucho si querían.

Los progresos de Juan llenaban de admiración al maestro. Un día se asignó por tema para desarrollar el episodio de Eleazar, que prefiere morir a faltar a sus deberes. El trabajo de Juan estaba tan bien hecho, que no se creyó fuera de su cosecha; rodó de mano en mano y todos los profesores quedaron admirados. Vino a parar a los de Don Moglia, quien aseguró que era imposible que lo hubiera hecho el estudiantillo de Becchi. — Con esto comprendió Juan que había perdido el favor de su antiguo maestro. Y en efecto, por uno de esos misterios del corazón humano, que sólo Dios conoce, D. Moglia no miraba con buenos ojos que Juan cambiara el azadón por los libros. Las pruebas no habían terminado; con ellas lo preparaba la Divina Providencia.

Margarita iba a verlo cada semana, y le llevaba el pan, que debía durarle toda la semana. Gozaba sobre manera al verlo, y mucho más al saber que se mantenía fiel a sus recomendaciones, al oír ponderar su piedad, su exactitud en el cumplimiento de sus deberes, su asiduidad en las sagradas funciones, que había llamado tanto la atención del Sr. Cura, Don Dassano, que lo había encargado de una sección de Catecismo.

Pero nunca faltan a la virtud tentadores. Algunos camaradas lo invitaron a jugar durante las lecciones. Juan se excusó con su falta de dinero. Ellos le sugirieron el modo de procurárselo... robándole los cuartos a Margarita o al bueno de Juan Roberto. No faltó quien le dijo: « ¡Vamos, es tiempo de aprender a vivir! »

— ¡Cómo! respondióle Juan, ¿tú me aconsejas robar! ¿Y no dices todos los días, rezando las oraciones: *El 7º no robar?* Quien robó es un ladrón, y los ladrones tienen mal fin. Mi mamá me ama tanto ¿y voy a desobedecerle? Si tú y tus amigos ejercéis esa industria, hacéis muy mal, y si la aconsejáis a los demás, sois unos bribones.

Esta respuesta pasó de boca en boca, y desde entonces nadie se atrevió a tentarlo; su profesor informado de todo ello, le cobró singular cariño y los padres de familia exhortaban a sus hijos a imitar sus ejemplos y frecuentar su compañía; lo amaban y obedecían como ya los de Moncucco y Murialdo, y no dejaban de irlo a visitar. Para ganar y conservar a sus amiguitos tenía muchas industrias: yendo a casa, traía frutas que repartía con ellos, admirándolos con tanta generosidad y aprovechando la ocasión para hablarles de religión y exhortarlos a la devoción de la Virgen. Especial atractivo tenía para su corazón la iglesia del Castillo, situada en la cumbre de la colina. A ella iba a menudo, ya solo, ya con los amigos para ofrecer a la Madre Celestial el homenaje de su devoción.

En medio de esta felicidad, llevaba clavada una espina en el corazón; la de no poder hablar familiarmente con los sacerdotes del lugar. El párroco era un dignísimo eclesiástico, instruido, celoso, caritativo, escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes; pero era muy reservado e inaccesible a los niños. Los demás sacerdotes eran como él. Juan se daba cuenta ya desde entonces, de que el niño necesita cariño, afecto, tutela maternal.

— Si yo fuera sacerdote, decía, procedería de otro modo: iría a buscar a los niños, los atraería, los amaría y procuraría hacerme amar de ellos, dirigirles la palabra, darles buenos consejos y consagrarme totalmente a ellos, para salvar su alma. ¡Cuán feliz sería yo si pudiera discurrir un rato con mi señor Párroco! Este consuelo lo tuve con D. Calosso ¿por qué no lo he de poder tener con los demás?

Estos desahogos los tenía especialmente con su madre. Ella, que sabía leer en su corazón, respondíale:

— ¿Qué quieres? son hombres de ciencia, llenos de pensamientos graves y no pueden descender hasta los chiquillos.

— ¿Pero qué les costaría decirme una palabrita, entretenerse un ratito conmigo?

— ¿Y qué quieres que te digan?

— Una palabrita que aprovechara a mi alma.

— ¿Pero no ves que tienen tanto que hacer en el púlpito, el confesonario y en todos los ministerios parroquiales?

— ¿Pero es que los niños no somos parte de su rebaño?

— Sí, pero no tienen tiempo que perder.

— ¡Oh!... ¿conque Jesús perdía el tiempo cuando se entretenía con los niños, cuando reprendía a los apóstoles porque los alejaban, y aseguraba que de ellos es el reino de los cielos?

— Tienes razón, pero qué quieres hacerle?

— Ah! y verás. Si llego a ser sacerdote, quiero consagrar mi vida entera a los niños; no me verán nunca triste y adusto, sino que seré yo siempre el primero en hablarles.

Juan adelantaba rápidamente en los estudios, cuando un nuevo accidente vino a desconcertarlo todo. Su profesor, Don Vicano, fué nombrado Cura de Mondonio, y dejó la escuela, para tomar posesión de su beneficio en abril (1837). Le reemplazó D. Moglia, que sin duda era instruido y piadoso, pero que no podía conservar la disciplina y el orden, cosas tanto más necesarias cuanto que los alumnos eran diversísimos en edad, carácter e instrucción. Además, el buen sacerdote se le había metido en la cabeza que Juan, por ser de Becchi no podía menos de ser un negado. La misma edad de Juan, algo avanzada en verdad, pues tenía 16 años, era ya para el maestro una patente de incapacidad.

Juan cursaba el primer año. Un día asignó el profesor los temas para dar los puestos en clase. Juan pidió por favor que le permitiera hacer el del tercer curso. El profesor soltó una carcajada, y le respondió:

— ¿Pero qué te crees tú, tú de Becchi? ¿qué de bueno saben hacer los de Becchi? Déjate de estudiar latín tú; vete a buscar setas y nidos... ¡tú estudiar latín! ¡si no entenderás una jota!

A tan donosa respuesta, Juan no se desconcertó y por toda respuesta insistió en su petición. El profesor redobló la dosis de sus diatribas. Pero como el alumno insistía, cedió y le dió el tema de tercer curso. Era una traducción del latín. Al cabo de una hora, Juan la tenía terminada y se la presentó al profesor. Éste la tomó, y sin leerla, la colocó sobre la mesa, dando a Juan una mirada de compasión.

— Señor Maestro, le ruego que la vea y me corrija las faltas, le dijo el alumno.

— Pero si te he dicho que los de Becchi no sirven para nada; ¿qué van a entender de latín los de Becchi?

Aquí intervinieron los demás alumnos.

— Señor Maestro, léanos el trabajo de Juan, querremos reírnos de sus disparates.

Acostumbrado a darles gusto en todo, desdobló el papel, le dió un vistazo: estaba muy bien.

— ¿No lo decía yo? exclamó. Juan ha copiado el trabajo.

Enconces el compañero que trabajaba al lado de Juan, se levantó y observó:

— No, señor maestro, Juan no ha levantado los

ojos. Haga V. leer toda las traducciones a ver si hay alguna igual.

La observación era justa. Mas no hubo medio de persuadir al profesor. Encastillado en su idea, remachó más fuerte:

— ¿Pero que crees tú? ¿todavía no sabes que los de *Becchi* no sirven para nada? ¡para nada!

Este incidente no hubo de ser inútil en la vida del futuro educador. ¡Cuántas cosas no le enseñaría! Por lo demás, sus compañeros aumentaron el cariño y estima en que le tenían.

Hemos dicho que Roberto era el organista de la Parroquia. Juan, dotado de buena voz, comenzó desde el principio del año a estudiar diligentemente la música bajo su dirección. Aprendió así el canto llano y pronto se halló también en disposición de ejecutar los solos en canto figurado. Al mismo tiempo se ejercitaba en el violín, y aprovechando de un viejo armonio aprendía a acompañar.

En este año de 1831 se presentaron varias circunstancias en que los cantores mostraran sus habilidades: la elección de Gregorio XVI, la muerte de Carlos Felice, la coronación de Carlos Alberto, la muerte del Arzobispo de Turín. Roberto estaba entusiasmado con su discípulo, y sin saber, cooperaba a los designios de Dios. Su casa fué la única escuela en que D. Bosco pudo estudiar música con alguna regularidad. Sin ella se hubiera quedado probablemente sin saber un arte que le había de servir tanto en su misión futura y que habían de cultivar los suyos con tanto cariño.

Pero la música no era bastante a la extraordinaria actividad de Juan, y para emplear útilmente todo su tiempo, se puso a aprender el oficio de sastre. Pronto aprendió a coser y algo de corte.

Lo que empezó por diversión y para no perder el tiempo, tuvo bien pronto que continuarlo por necesidad: la división del patrimonio y las exigencias de Antonio pusieron a Margarita en la imposibilidad de pagar la pensión. Roberto le hizo propuesta ventajosas, pero Juan no las aceptó, fijo siempre en su ideal. Y como sentía una gran actividad en sus venas y en la escuela se estudiaba realmente poco, dió en pasar algunos ratos en la herrería de un cierto Evasio Savio, y aprendió a trabajar en la forja y a manejar la lima y el martillo.

¡Admirables caminos de la Divina Providencia! ¿Quién infundió en el espíritu de este campesinito la inclinación a tantos oficios? ¿Quién lo puso en tales circunstancias? Ciertamente Aquel que destinándolo a ser el fundador de las Granjas y Escuelas profesionales, para los hijos humildes del pueblo, quería que el huérfano encontrara en él un padre que conociera su dura condición, sus necesidades, sus aspiraciones, sus costumbres, y por lo mismo fuera todo para todos ellos.

El debía mantener y educar millares de niños, sin tener renta alguna; fiado únicamente en la Divina Providencia, porque si a otros Santos, como a su conterráneo el V. Cottolengo, Dios les mandaba las limosnas sin ir a buscarlas, D. Bosco debía hacerlas venir a costa de humillaciones y sacrificios. Así, hablaba dotado de un carácter activo, emprendedor, rico en expedientes y recursos, se-

reno, calmo y paciente para remover obstáculos, perseverante y prudente en el empleo de los medios, afectuoso para ganarse los corazones.

En *Becchi* había acudido a mil industrias para atraerse amigos y ganar lo necesario para yudar a su madre. Igualmente ahora, hasta que recibía la sotana, hará lo mismo, porque debe procurarse a sí mismo todo lo necesario.

Un episodio nos demuestra lo industrioso que era.

Celebrábase una gran fiesta en el vecino pueblo de Matafía; en el centro de la plaza se levantaba empinada la cucaña, en cuya cima había buenos premios. Una gran muchedumbre presenciaba el espectáculo. Los chicos se ensayaban uno en pos de otro a trepar por el resbaladizo palo; unos llegaban a un tercio de su altura, otros a la mitad, y resbalaban. Juan observó que los contentientes subían demasiado aprisa y sin tomar respiro, de modo que cansándose muy pronto, su propio peso los derumbaba. Juan hizo lo que debía hacer más tarde con sus diversísimas empresas: empezó a trepar despacio, con gran calma, de cuando en cuando se detenía, cruzaba las piernas y así descansaba. La turba, que no entendía la maniobra, comenzó a reñirse esperando el momento de verlo rodar al suelo. Pero viéndolo subir y subir, hicieron silencio; contemplándolo con admiración, y cuando la vieron en la punta, que bamboleaba por ser muy delgada, prorrumpieron en aplausos al vencedor. El extendió la diestra, tomó una bolsa que contenía 20 francos, luego un salchichón y un fular, y dejando allí los objetos de menos valor para que siguiera el espectáculo, descendió y desapareció entre la multitud, que aplaudía con delirio.

Y no fué la única vez que ganó semejantes premios, que más que útiles, le eran necesarios.

Al fin de ese año, tan escaso en satisfacciones y progresos literarios, volvió a su casa resignado, pero siempre incierto de su porvenir. Entre tanto Margarita y su hijastro José, que ya tenía 18 años, habían hecho compañía con un propietario del pueblo y tomado en aparcería un predio, a mitad del camino entre Castelnuovo y *Becchi*, sobre la fuente llamada Renenta. José se había trasladado a vivir allí, y ella pasaba unos días en esta casa, otros en la de *Becchi*, según las necesidades y trabajos.

Juan vino a vivir con su hermano, con quien tan tiernamente se amaban, y tuvo toda la comodidad de consagrarse a sus libros, de los cuales tenía ya una bibliotecuita. Pero no queriendo ser gravoso a su hermano, tomó a su cargo el pastoreo de dos vacas en el valle cercano, ayudaba en las faenas del campo, hacía recados, y como en un rincón de la casa había formado un tallercito, se retiraba frecuentemente a remendar la ropa suya y la de José, o repasaba los azadones, arados y demás utensilios de labranza.

En Castelnuovo había estrechado relación con un compañero llamado José Turco, cuyos padres poseían una viña sobre la Renenta, confinante con el predio de José. Siendo sitio apartado y al abrigo de los ruidos del camino, Juan se retiraba a ella

con frecuencia, y desde allí vigilaba las vacas, custodiaba las dos viñas y estudiaba tranquilo. El padre de Turco lo vió un día salirle al encuentro corriendo y lleno de alegría.

— ¿Qué hay Juanito? ¿qué hay?

— Buenas noticias, buenas noticias. Esta noche he tenido un sueño y he visto que seguiré mis estudios, me haré sacerdote y seré jefe de muchos niños durante toda mi vida. ¡Estamos, pues, señor, estamos!

— Pero no es sino un sueño, observó el caballero, y del dicho al hecho hay un gran hecho.

— Diga V. lo que quiera, pero yo ya no temo nada; seré sacerdote, tendré muchos, pero muchos niños bajo mi dirección y les haré mucho bien. — Y así diciendo, voló a su escondida atalaya.

El día siguiente, al volver de Misa, entró en casa de esta buena familia, todo radiante de alegría. Le preguntaron la causa y le instaron para que les contara el sueño.

Y les narró que había visto una gran Señora, que tenía una numeroso rebaño, y le había dicho:

— Todo te lo confío a tí, Juanito.

— ¿Cómo podré yo cuidar tantas ovejas y tantos corderillos? ¿dónde los pastorearé?

— No temas, yo te asistiré. — Y desapareció.

Esta relación nos la hizo el mismo D. José Turco y su hermana Lucia, y concuerda con esta línea de las Memorias de D. Bosco: *A los 16 años tuvo otro sueño.*

Margarita, pesarosa de que el hijo hubiera perdido ya tanto tiempo, resolvió ponerlo en el colegio municipal de Chieri. Con una dulce sonrisa le comunicó su determinación y empezó a prepararle el equipo.

Como la situación de la familia era bastante difícil, y a pesar de que Margarita procurara disimular los sacrificios que se imponía, Juan no podía menos de verlo, la dijo un día.

— Mamá, si me permites, tomé un par de sacos y voy de casa en casa cuestuando.

Ella le dió su consentimiento. Para Juan era y fué siempre un gran sacrificio pedir limosna, pues sentía natural repugnancia, pero queriendo obedecer a la intimación del sueño: *Haste humilde*, fué a golpear á todas las puertas de Becchi, y Murialdo. Las madres lo acogieron como un hijo, los hijos como un hermano. Expuso sus necesidades y sus planes y recogió pan, queso, trigo, maíz.

A pesar de todo, esto era muy poca cosa para tantas necesidades. Entonces una buena mujer expuso el asunto al Sr. Cura, quien a su vez habló con varios señores del vecindario y recogieron una cantidad, que mandaron a Margarita. Esta la recibió con reconocimiento y la empleó en comprarle las ropitas que tanto necesitaba.

La preocupación de Margarita era hallar una buena familia donde colocar a su hijo, y la encontró en la de una señora de Castelnuovo, que, viuda y con un hijo suyo, estudiante en Chieri, se había trasladado a esa ciudad para velar por él. La pensión de Juan quedó fijada en 21 pesetas mensuales; pero como no podía pagar la suma entera, se convino en que Juan compensara el resto prestando algunos servicios.

El 3 de noviembre de 1831 Margarita entregaba a su hijo medio hectólitro de trigo, para que, vendiéndolo comenzara a pagar la pensión; y un paisano, no teniendo qué darle y deseando ayudarle, tomó su carro y le llevó hasta Chieri el baúl y todo su equipo.

Al día siguiente la generosa madre, cargó sobre sus hombros un saquito de harina y maíz para venderlos en Castelnuovo y comprarle plumas, papel, libros, mientras José los despedía deseándole buena fortuna.

En Castelnuovo encontraron al joven Luis Filipello, gran amigo de la familia, y puesto que Margarita tenía asuntos que despachar, le rogó acompañara a su hijo hasta Chieri, adonde no tardaría ella en llegar.

A la mitad del camino, en Arignano, se sentaron un rato a descansar. Juan le hablaba al compañero de sus estudios, de lo que había aprendido en Catecismos y sermones; le proponía obras de caridad, exhortándole a practicarlas, le daba oportunos consejos, por manera que admirado Filipello exclamó:

— Vas apenas a empezar tus estudios y ya sabes tantas cosas. Pronto serás párroco. — A lo que Juan, mirándolo muy serio de hito en hito, respondió:

— ¿Párroco? ¿Sabes tú lo que significa ser párroco? ¿cuáles son sus obligaciones? Cuando se levanta de la mesa después de comer o de cenar, ¿debe pensar: «Yo he comido, pero mis ovejitas ¿tendrán todas lo necesario?» Lo que posee fuera de lo estrictamente necesario, debe dárselo a los pobres. ¡Y cuántas otras gravísimas responsabilidades! ¡Ah! querido Filipello, yo no me haré jamás párroco. Voy a estudiar porque quiero consagrar toda mi vida a los niños.

Y así diciendo reanudaron su camino y Filipello quedó para siempre admirado del espíritu de caridad que animaba a su compañero.

Margarita no tardó mucho. Al presentar a su hijo a la Sra. Lucia de Matta, le dijo:

— Aquí tiene V. a mi hijo, y aquí tiene la pensión. Yo he hecho de mi parte lo que podía; él hará lo que le corresponde; y espero quedaréis satisfechos de él. (Continuad).

TESORO ESPIRITUAL.

Los Cooperadores Salesianos que *confesados y comulgados*, visiten devotamente una Iglesia o capilla pública, o si viven en comunidad, la propia capilla, y rueguen según la intención del Sumo Pontífice, pueden ganar las siguientes indulgencias plenarias:

Noviembre:

- 21. Presentación de Ntra. Sra.
- 22. Fiesta de Sta. Cecilia.

Diciembre:

- 8. Solemnidad de la Inmaculada.
- 25. Fiesta de Navidad.

Además, pueden ganar otras tres cada mes: 1º un día de libre elección, que bien puede ser el *Primer Viernes*; 2º el día del *Ejercicio de la Buena Muerte*; 3º el de la conferencia mensual.

D. Juan Bautista Lemoyne



¡El biógrafo insigne del Ven. J. Bosco ha muerto!

¡D. Juan Bautista Lemoyne ha pasado a la eternidad!

Lágrimas de dolor nos asoman a los ojos al dar a los lectores del *Boletín* noticia tan sensible al corazón de los Salesianos. Era D. Lemoyne veneranda reliquia de los primitivos tiempos de la Congregación Salesiana, historia viva del Ven. Bosco, alma que supo encerrar en páginas de bíblica sencillez el espíritu maravilloso y extraordinario de nuestro Ven. Fundador, que se comunica a los lectores que amantes saborean páginas con tanta sinceridad y cariño escritas.

¡Cuántas veces al leer la vida de D. Bosco escrita por el ilustre muerto, hemos tenido que suspender la lectura para contemplar a nuestro Ven. Padre que se nos mostraba en ella animado, santificado y regenerando a los niños, salvando al obrero, siendo baluarte del Papado, llevando la luz del Evangelio a inteligencias

ignorantes de Cristo, predicando la devoción a la Virgen Auxiliadora, sembrando el bien por todas partes. Y cuando cesaba la admiración mirando el libro que delante de los ojos teníamos, exclamábamos llenos de dulce emoción: D. Bosco vive aquí; él, el apóstol, el santo coronado de gloria, nuestro Padre.

Por eso al saber la muerte del Padre Lemoyne, si bien besamos la poderosa mano que nos lo quitó, experimentamos honda aflicción y desconsuelo. El P. Lemoyne era para los Salesianos algo unido a D. Bosco y de él inseparable; le profesamos todo cariño acendrado porque a él debemos en mucho, el conocer el espíritu de D. Bosco y sus maravillosas obras. Mas la muerte nos lo ha arrebatado. ¡Ya no vive! Su alma purísima voló perfumada con el rico aroma de las virtudes del religioso, a recibir el premio a que una vida intensa y continta de abnegación y sacrificio le hizo acreedor.

¡Descanse en paz el llorado biógrafo del Ven. Bosco! Y recompénsese el Señor el haber, con la vida que escribió, sabido trasfundir en el corazón de los Salesianos el espíritu de D. Bosco, Padre amantísimo de quien él se preció hijo reverente y sumiso.

Los que aun vivimos le pagamos con el tributo de nuestros sufragios. Las generaciones futuras bendirán su nombre.

Rasgos biográficos

Como ingresó el P. Lemoyne en la Congregación Salesiana.

Nacido en Génova, de noble estirpe, fueron sus padres el Doctor Luis Lemoyne, médico de la Casa real, y la condesa Prasca, dama de nobilísimos sentimientos y modelo de madres cristianas.

Emprendió en su ciudad natal la carrera eclesiástica coronándola con feliz éxito ordenándose de sacerdote el 14 de junio de 1862. Mas su corazón enamorado de Dios no se satisfizo. Quería unirse más estrechamente a Jesús y anhelaba una vocación más perfecta. El mismo P. Lemoyne nos refiere, al declarar en el proceso de la causa de Beatificación de D. Bosco, su llamamiento a las filas salesianas:

«En 1862, hacía dos años era sacerdote secular y sentía fuerte inclinación a ingresar en una

orden religiosa; mas ninguna de las conocidas me atraía.

«Me habían hablado de D. Bosco como de un santo, mas ignoraba tuviese el pensamiento de fundar una congregación. Fui a visitarle en el mes de Julio a Turín, y hube de volver a casa sin conseguirlo. D. Bosco, en aquella sazón, estaba ausente. El último domingo del mes de Septiembre, encontrándome en Belforte, pueblecillo situado junto a Ovada, pedí a la Virgen Santísima me diera a conocer la voluntad de Dios, respecto a mi vocación. Al despertarme el día siguiente, oí una voz muy clara que me decía: «*¡Va a Lermal* (pueblecito distante una hora de Belforte) *y verás allí a D. Bosco*». Nótese que no tenía noticia alguna de la ida de D. Bosco a aquella región. Celebré la Santa Misa dominado por este pensamiento, y temiendo fuese hijo de la imaginación, se lo comuniqué al marquesito Carlos Cattáneo quien después de escucharme me dijo: «*Sea sueño o no sea sueño, vayamos a Lerma y preguntemos al párroco*».

«Procedimos según el consejo de Carlos. Llegados a Lerma supimos, con no poca maravilla nuestra, que D. Bosco era esperado en aquel pueblo al que debía ir dentro de muy pocos días. D. Bosco llegó. Hablé con él y siguiendo su invitación, pocos días después fui al Oratorio de Valdocco, al lado de D. Bosco, en cuyo instituto viví desde aquel día, hasta la muerte del Venerable».

El primer encuentro con D. Bosco.

Singular fué este encuentro. D. Bosco miró con mirada de amor al joven sacerdote, le preguntó cómo se llamaba, cuál era su patria, y después le dijo: «*Véngase V. conmigo al Oratorio*. — Y porqué no? respondió el P. Lemoyne, fascinado de la bondad del Siervo de Dios.

D. Bosco por entonces no le dijo más. El Arcipreste de Lerma le invitó a comer con D. Bosco, quien durante la comida le habló largo y tendido del Oratorio de Turín, y de los medios para salvar a la juventud de los peligros que la amenazan. El joven sacerdote escuchaba encantado a D. Bosco, y de pronto le dijo:

— Si V. me acepta, iré gustoso a su lado.

— ¿Y con qué intención?

— Con la de ayudarle en lo que pueda.

— ¡No! le advirtió D. Bosco, las obras de Dios no han menester el auxilio de los hombres.

— Entonces iré a su lado y V. me dirá lo que he de hacer.

— Venga V. únicamente para salvar su alma.

— Así lo haré.

Acompañando a D. Bosco a la ciudad de Mornese le habló durante hora y media de la vida

pasada, de cuanto había hecho y pensado hasta aquel día, y de los proyectos formados para el porvenir.

Fué aquel un paseo inolvidable.

El martes, 11 de Octubre, D. Bosco, después del desayuno, salió de Mornese entre los aplausos y vivas de la multitud, acompañado de diez jovencitos aceptados como alumnos del Oratorio, o del colegio salesiano de Lanzo. En el punto en que la carretera se bifurca descendiendo por una parte hacia Gavi, el P. Lemoyne se despidió de D. Bosco quien con sonrisa encantadora le dijo: «*¿Cuándo vendrás a Turín?*»; añadiendo enseguida el Venerable:

— Me permite que le tutee; no es verdad?

— Sí, sí: trátame como a hijo suyo. Dentro de ocho días estaré con V. si Dios quiere.

Y mantuvo la promesa.

Lo que pensaba de la Pía Sociedad Salesiana.

Después del P. Alasonatti, el P. Lemoyne fué el primer sacerdote que entró en la Congregación Salesiana, no tardando en tener clara intuición del vasto campo que la Divina Providencia le tenía reservado.

Pocos días llevaba en el Oratorio, cuando D. Bosco narró uno de sus sueños proféticos. Cuando se retiraron a dormir los niños, se quedaron con el Siervo de Dios dos sacerdotes, uno era el P. Lemoyne.

— Y bien, exclamó D. Bosco con bondad y sencillez de padre, oigamos lo que piensa el P. Lemoyne sobre lo que acaba de oír.

— Estoy convencido, respondió éste, que la Pía Sociedad Salesiana ha de difundirse en todo el mundo.

— ¿Qué dice V.? le interrumpió el otro sacerdote, que había siempre vivido en el Oratorio. Observe. En un tiempo D. Bosco no era dueño de nada y ahora poseemos un floreciente Instituto en Turín, un colegio en Mirabello, otro en Lanzo, una magnífica iglesia en construcción... Se abrirá aun algún otro colegio en el Piemonte y basta. ¿Qué más podemos esperar?

— Si no estuviese cierto, respondió el P. Lemoyne, de que el porvenir de la Congregación fundada por D. Bosco, es como yo lo preveo, sin dilación regresaría a mi casa. Son bien distintos los destinos de la Pía Sociedad Salesiana.

D. Bosco sonriendo aprobaba: el P. Lemoyne, firme hasta la muerte en su pensamiento, se mostró bien pronto, como si hubiese sido educado en la escuela del Venerable desde los primeros años de la infancia, fiel imitador de su espíritu.

Fijo siempre el ojo en D. Bosco, transfundía en su alma, asimilándosele, el modo de cultivar

y dirigir las almas de los jóvenes y la exquisita prudencia en el desempeño de los negocios más delicados, y comprendiendo cada vez más la grandeza de la misión que Dios había confiado a D. Bosco, comenzó con diligencia suma a notar diariamente todo hecho o dicho de Don Bosco, que le pareciera digno de memoria.

Sencillo, pero dulce episodio.

En el octavo volumen de la vida de D. Bosco tiene el P. Lemoyne una bella página donde habla de sí, aunque en tercera persona, que en esto también se asemeja a su Maestro. Es un sencillo episodio, que otro no hubiera recordado, y que le acaeció en el año de prueba pasado en el Oratorio. Sólo sentimos que la traducción no conserve el delicado aroma del original.

« Encontramos, escribe, en el cuaderno de un Salesiano, entrado ya adulto en el Oratorio, la siguiente página... (El Salesiano es él mismo).

« Vivía en cierta aridez de espíritu, que no sabía explicarme, y que me llenaba de tristeza. D. Bosco, que en tantas otras circunstancias me había pacificado el corazón con la abundancia de suaves consuelos, parecía haberse olvidado de mí, aun en el día de su onomástico, en que le declamé una poesía con gran afecto y cariño, ni me miró, ni me dirigió una palabra; ni siquiera un « *está bien* » pronunciaron sus labios, como, llevado de amor, decía siempre para dar aliento y premiar la buena voluntad. Como yo sabía que D. Bosco conocía el interior de los corazones, hice examen de conciencia para asegurarme no haber cometido falta alguna que pudiera desagradarle.

« Hoy D. Bosco me ha sometido a una gran prueba. Fué a visitar la tipografía donde estoy de asistente. Los artesanos todos le miraron, y según iba pasando junto a ellos se le acercaban con respeto. Para todos tenía una palabrita, un elogio, un consejo. Yo esperaba que al fin se recordaría de mí. Pasó junto a donde me encontraba, le besé la mano, fijando en él los ojos conmovido, en la persuasión de recibir el consuelo deseado, pero D. Bosco no se acordó de mí,

*non mutò aspetto,
nè mosse collo, nè piegò sua costa*

para decirlo con una frase dantesca, y esto a pesar de haber yo pronunciado, según costumbre, su nombre al besarle la mano. Luego D. Bosco, me dije para mis adentros, está enfadado conmigo. No hay duda. ¿Qué le he hecho? Y ví ser yo el único que no experimentaba las caricias del Padre.

Con el alma herida cuanto se pueda imaginar, y con reverente mirada, seguí a D. Bosco que continuaba su visita. Allá lejos, en un rincón

apartado, se encontró aún con un jovencito, que no es por decir, pero me parece era ligero, distraído, y aun más diré, malo. ¡Y ved la bondad del Padre! D. Bosco se detiene junto a él, se lo presenta afable al señor que acompañaba y, sonriendo, le narró la vida, las virtudes y milagros de aquel joven. Después le mandó ir a su sitio, y fingiendo no darse cuenta, le tuvo por la mano algunos instantes, y bromeando con él, le manda volver al trabajo, mientras firme le sujetaba.

Me senté en mi sitio. Los ojos corrían por las páginas del libro y puesta la mano en la frente, procuraba fijar el entendimiento para penetrar lo que leía, pero todo trabajo era inútil; no comprendía nada, volvía a leer, y peor que peor.

La tipografía se hallaba en el piso bajo y algunas de las ventanas daban al patio.

Hallándome en distracción tan dolorosa de pensamiento y de corazón, sentí golpear ligeramente con los dedos los cristales de la ventana que sobre mi cabeza había. Alcé maravillado la vista. ¿Quién era?... Era Don Bosco que desde el patio donde se encontraba, quiso acordarse de mí, y poner fin a aquella prueba, dándome muestra de paternal afecto.

Quedé como sorprendido y maravillado. — ¡Oh, es V. D. Bosco! exclamé. Y él con sonrisa de inefable dulzura, me hacía señas con la mano, y después como embelesadora visión de sueño suave, desapareció. ¿Qué podía yo hacer? ¿Qué decir? — Gracias, D. Bosco, grité, alzándome de la silla y abriendo de par en par la ventana. ¡Gracias por su bondad! D. Bosco no oyó nada, y sólo al volverse otra vez atrás me pareció oírle: « Adios, está alegre! ».

Recobré la paz y fuí de nuevo dueño de mí. Me había probado, y adivinando mi necesidad con afecto de padre la quiso satisfacer. La sonrisa que acompañó al consuelo la tengo grabada en la memoria y en el corazón ».

El Director de Lanzo.

Terminado el año de prueba, el 10 de Noviembre de 1865, prometió a D. Bosco vivir a su lado toda la vida, y el Venerable le mandó de director al colegio de Lanzo.

« En este tan delicado cargo, escribe D. Albera, brilló bien pronto, por su gran prudencia aun en los asuntos más difíciles. Obraba como había visto obrar a D. Bosco durante el año de prueba pasado en el Oratorio. Era para los Salesianos y alumnos padre amantísimo; preveía cualquier deseo y se afanaba por tener a todos contentos, aun exigiéndoles el exacto cumplimiento de los propios deberes. Lejos de criticar las acciones de los hermanos, tenía como norma, al hablar en público, o alabar o callar.

En privado, empero, no dejaba de amonestar con suave energía, ora al uno, ora al otro, y escuchando y resolviendo dificultades conseguía, casi siempre, calmar los corazones juveniles y hacer reinar la paz y la armonía entre caracteres, que aunque dedicados a un mismo apostolado, eran opuestos. Buen número de Salesianos trabajadores sin descanso, y que aún viven, reconocen haber recibido del P. Lemoyne, en el tiempo que a su lado vivieron, la formación religioso-pedagógica salesiana. ¡Oh! con qué habilidad ponía en práctica la gran máxima de todo el sistema educativo de D. Bosco, de que el director debe ser ante todo el padre, el consejero, el guía cariñoso y solícito de los hermanos a los que ha de atender más que a sí mismo!

Cuidaba con gran esmero a los hermanos, no abandonándoles jamás a sus propias fuerzas, ni aún cuando demostraban singular pericia pedagógica. Obrando así les infundía poco a poco el espíritu salesiano y se granjeaba la confianza sin límites de sus súbditos, quienes a su vez iban a porfía en obedecer, no sólo los mandatos sino las más simples indicaciones y deseos de su director.

« Prestaba solícitos cuidados, cultivándolos con particular sabiduría, a los arbolitos transplantados del vivero de un colegio, al jardín cerrado de nuestra amada Congregación, no olvidando, tampoco, a los niños y jóvenes que no mostraban indicio de ser llamados al estado religioso o sacerdotal, teniendo el consuelo de preparar para los cargos civiles multitud de alumnos que fueron honor del colegio donde se educaron y corona de su Director. Poseía, en efecto, una táctica peculiar, toda suya, en la dirección de los jóvenes, ya fuera en las instrucciones, o en el confesionario. En los coloquios particulares hablaba tan derecho al corazón que su palabra ya fuese de instrucción o de consejo, o bien de amonestación, quedaba impresa con caracteres indelebles. Prueba palmaria de ello fué la reunión celebrada en el colegio de Lanzo para conmemorar el quincuagésimo aniversario de su fundación, en la que numerosos alumnos venidos de todas partes y de todas las clases sociales, no acababan de manifestar el afecto y gratitud al amado Director de quien ensalzaban las virtudes y la bondad de corazón ».

El biógrafo de D. Bosco.

El nombre del P. Lemoyne, como biógrafo de D. Bosco, será eterno. Ni aun en los años vividos en Lanzo dejó de anotar las obras más memorables que realizaba D. Bosco; prosiguió siempre, cual laboriosa abeja, la recolección comenzada el día que por primera vez pisó los umbrales del Oratorio, disponiendo Dios se

encontrase providencialmente, en muchas ocasiones al lado del Venerable, cuando este obraba o decía alguna cosa extraordinaria.

Al confiarle D. Bosco seguro del más lisonjero éxito la dirección del naciente Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, tuvo que pasar a Niza Monferrato, pero en esta nueva residencia así como en los cinco años que vivió en Mornese, no descuidó la preciosa labor que entre manos traía, encontrando tiempo además para componer poesías e himnos, y publicar libros de amena lectura y numerosos dramas y comedias encaminadas a instruir a la juventud. Sabía multiplicar maravillosamente las energías de su robusta fibra y la exuberancia de su escogido ingenio, por la que D. Bosco le llamó a Turín, y le nombró secretario del Capítulo Superior y director del *Boletín Salesiano*, que dirigió durante cinco años.

Dios Nuestro Señor disponía así los acontecimientos, para que fuese el P. Lemoyne el que con más intimidad tratara a D. Bosco en los últimos años de su preciosa existencia y pudiera oír de labios del Venerable, la narración de las extraordinarias y estupendas obras que la Divina Providencia había realizado y realizaba entre nosotros.

Por todo esto y por el acendrado amor que D. Lemoyne profesaba a D. Bosco, era natural que, a la muerte del Padre, se le escogiera para la grandiosa obra de coordinar y publicar las *Memorias biográficas de D. Bosco*, de las cuales nos hizo gustar poco a poco, ocho gruesos volúmenes (de más de 1000 páginas cada uno). El noveno, que se publicará en estos días, pudo ser corregido casi hasta la mitad, por el mismo autor. Para lo que falta de la vida de D. Bosco, diez y ocho años aún, dejó con diligencia y paciencia suma recogido copioso material.

Huelga decir una palabra siquiera acerca del valor de tan grandioso trabajo, que une indisoluble el nombre de D. Lemoyne al del Venerable Fundador. Nuestros beneméritos cooperadores tienen una prueba en la *Vita del Ven. Giovanni Bosco* que ofreció al público en dos tomos y que D. m., pronto aparecerá en castellano.

Grave reserva al hablar de sí.

Nos es consolador exponer detalladamente estos pormenores de la vida del llorado P. Lemoyne, porque, anante del retiro y del silencio, evitó siempre hablar de sí, aun pudiendo haberlo hecho con humildad.

La primera entrevista con D. Bosco, el hermosísimo episodio que le acaeció en el año de prueba pasado en el Oratorio, al par de otros hechos, los narró el mismo en las *Memorias*, pero siempre en tercera persona; pudiendo ser-

vir como ejemplo, la narración que en el tomo noveno pag. 246 hace de la primera misa celebrada por D. Bosco en el santuario de María Auxiliadora, el 9 de Junio de 1868:

«Tuvieron, dice, el consuelo de ayudarle a misa D. Juan Bautista Francesia y D. Juan Bautista Lemoyne». Pone su nombre porque así lo había hecho D. Bosco en la *Rimembranza*, en que él mismo publicó la reseña del solemne octavario.

Continúa el P. Lemoyne: «Vuelto a la sacristía, D. Bosco se entretuvo algún tiempo después de larga acción de gracias con una señora a quien ya conocía, y que venida a Turín con motivo de las fiestas, le había sido presentada por un hijo suyo, sacerdote salesiano a quien D. Bosco dijo: «No serás tú el único Salesiano de tu familia!»

«Profecía singular! En la familia de este sacerdote vivían aun cuatro hermanos inclinados a todo menos a la vida religiosa y una hermana de corta edad; y he aquí que catorce años después, en 1882, la hermana ingresó de modo inexplicable en el instituto de las Hijas de María Auxiliadora, y veinticinco años después de la predicción, un hermano, por circunstancias que no se podían preveer, abrazó el estado religioso en la Congregación Salesiana. De este último hábale dicho claramente D. Bosco al hermano salesiano, en 1886 revelándole el nombre: — Quiero conquistar lo para mí.

La señora era la madre de D. Juan Lemoyne; y la nueva conquista, su hijo Vicente, que entró Salesiano y se ordenó de sacerdote y asistió a su hermano en la agonía.

Su intimidad con el Venerable

D. Juan B. Lemoyne mantuvo siempre vivo en el corazón el amor a D. Bosco.

Doquiera se encontrase, cualquier fuera la persona con quien entablaba conversación, le tenía absorto el pensamiento y la memoria de D. Bosco, tomaba notas, preguntaba y aclaraba, no perdonando fatigas con tal de aumentar su archivo, que custodió con tanto celo, que a los profanos llegó a parecer exageración.

«El mismo D. Bosco le secundó en este ardiente deseo del corazón. En los últimos años de su vida cuando le prohibieron leer a la luz artificial, pasaba las noches de invierno, parte en el retiro, parte en la oración, o bien recibía a alguno de sus íntimos, entre los cuales nunca faltó el P. Lemoyne. Todas las noches iba indefectiblemente al cuarto del Venerable a pasar una hora en su compañía y en aquel tiempo haciéndole incesantes preguntas, escuchó de los labios de D. Bosco la narración de los primeros años de su vida, de los pasados en el seminario

y de los primitivos tiempos del Oratorio, recogiendo de esta manera, como en manantial, el material para el primer tomo de las *Memorias* y para la biografía de Margarita Bosco, madre del Venerable.

«En una de aquellas veladas de invierno, solía narrar el P. Lemoyne, D. Bosco me recibí silencioso y en silencio permanecí sentado a su lado más de media hora.

— ¿Estás aquí, Lemoyne? dijo de pronto D. Bosco.

— Sí, Padre, le respondí.

Y como recalando las palabras con voz muy queda añadió.

— Tú... tendrás... una larga vida.

— Muchas gracias, le dije.

Enmudeció de nuevo no volviendo a hablar más en toda aquella noche... ».

Este amigo y discípulo amantísimo de Don Bosco sintiendo sobre sus espaldas en los últimos meses de la vida, el gran peso de los achaques y de los años, recordó en más de una ocasión aquella lejana tarde y las palabras de D. Bosco; y a un hermano, a quien varias veces había recordado esta confidencia le preguntó:

— Tengo 77 años. ¿Te parece haya de vivir aún largo tiempo?

Continuamente pensaba en el cielo; pero así como nunca dejó este dulce deseo, así tampoco desistió hasta el último día de su vida, recibidos ya los Santos Sacramentos, de pensar terminar la *Vida de D. Bosco!*

Antes de morir el Venerable había dicho al P. Lemoyne que se cuidara; que diera todos los días un paseito, necesario a su vida sedentaria, como al enfermo la medicina; mas el deseo de trabajar sin tregua le hizo estimar superfluo lo que era necesario. La última vez que salió de casa fué el carnaval y en la curesma del año pasado, para llevar los consuelos de su ministerio sacerdotal a un ex-alumno suyo... muy necesitado de esos auxilios. Cuando en esa ocasión salió de casa, no ponía los pies en la calle desde el mes de junio de 1912, cuando después de celebradas sus bodas de oro sacerdotales, fué a dar las gracias al Emmo. Cardenal Richelmy por la parte que en las fiestas había tomado.

Después de cumplimentar al insigne purpurado fué, lo que estimaron todos un acontecimiento, a Valsálce a visitar las tumbas de Don Bosco y de Don Rúa.

Su muerte.

De algunos años a esta parte la fibra robusta del P. Lemoyne iba cediendo al tiempo y a la fatiga. Trabajado por los achaques, hacía un año que no podía celebrar misa en el Santuario, teniendo, empero, el consuelo de decirla en una capilla privada.

Mons. Fagnano

En los días primaverales bajaba aun a la Basílica a visitar a Jesús Sacramentado. Con la belleza del tiempo pareció cobrar alivio y adquirir energías, que no fueron sino pasajeras. El 12 Agosto, p. p. se vió obligado a guardar cama y a contentarse con recibir la comunión diaria.

Agravado repentinamente la mañana del 14 de Septiembre último, D. Albera le administró con toda solemnidad el Santo Viático recibiendo el enfermo a Jesús a quien tanto había amado y hecho amar, con gran recogimiento y amor. El Emmo. Cardenal Cagliero, que estaba a su cabecera, le sugería piadosas jaculatorias, rodeándole además el lecho, su hermano Vicente, la hermana, Hija de María Auxiliadora, los Salesianos y el clero de niños del Oratorio.

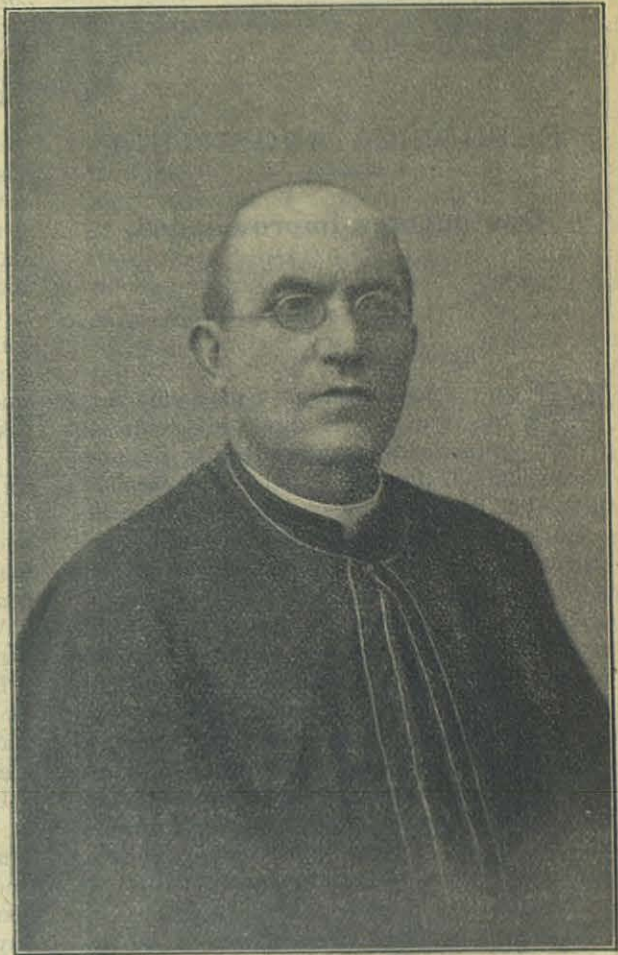
Pocos instantes después le dieron la Extrema Unción y recibida la bendición papal, con agonía calma y serena como su vida, a las 6 de la tarde voló plácidamente su alma a la mansión de los bienaventurados. D. Albera con lágrimas en los ojos rezó el *De profundis* y arrodillado con los demás superiores del Capítulo, junto al cadáver ofreció el primer tributo de devotos sufragios, rezando el Santo Rosario por el eterno descanso del alma del querido D. Lemoyne.

Los funerals.

Se celebraron el 16 de Septiembre y constituyeron un plebiscito de estima y veneración tributado al santo sacerdote, no sólo de parte de los Salesianos y alumnos, sino también de numerosos admiradores de todas las clases sociales. Conspicuos miembros del Clero y de la nobleza de Turín, y numerosas representaciones de asociaciones católicas y de institutos religiosos, se unieron con unánime afecto, a las largas filas de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, que venidos de muchas casas, acompañaron los restos mortales de D. Lemoyne al Camposanto.

Una oración.

No se la niegue ninguno de los lectores del *Boletín* a este incomparable y eximio hijo de D. Bosco.



Con un lacónico telegrama le comunica el R. P. Nai, Superior de las Casas de Chile, al Revmo. Rector Mayor la muerte del Apóstol de la Patagonia Meridional y de la Tierra del Fuego, el ínclito hijo de D. Bosco, compañero del Emmo. Cardenal Cagliero, Prefecto Apostólico de sus Misiones, acaecida el 19 de Septiembre en Santiago de Chile.

Es otro gravísimo luto para la Pía Sociedad Salesiana.

Siendo tan relevante su figura, le dedicaremos algunas páginas en el próximo número.

Mientras tanto lo encomendemos a las oraciones de nuestros lectores.



REPÚBLICA ARGENTINA

Los puentes improvisados.

(Carta del P. Milanesio).

Buenos Aires, 12 de Octubre de 1915.

Revmo. P. Albera,

SIGUIENDO el refrán: « más vale tarde que nunca » le diré brevemente los principales acontecimientos de nuestra misión de *Pringles*, pueblecito situado a orillas del Río Negro, a 90 kms. de Patagones.

Me encontraba en Viedma, cuando recibí orden de trasladarme a *Pringles* para predicar la Novena de la Purísima.

¡Qué de impresiones no experimenté en ese viaje! En los primeros diez años de mi misión en esas tierras, el único medio de transporte era un viejo rocín; hoy es un elegante automóvil. Entonces se empleaba un día entero; hoy bastan tres horas. Entonces llegaba uno más muerto que vivo; hoy llega uno dispuesto a celebrar la Santa Misa y predicar. ¿No le parece, amado Padre, que tenemos derecho también nosotros de cantar las maravillas del progreso?

Una gran novedad encontré: el pueblo partido en dos... por dos grandes canales abiertos... por la inundación de 1899. El uno se halla a los pies de la colina que amuralla el valle; el otro pocos a metros del río.

Desde el principio de la Novena advertí que dichos canales impedían el paso de la gente de la colina y doliéndome en el alma que no pudieran asistir a las funciones, resolví poner remedio como mejor me fuera dado.

De acuerdo con nuestros buenos hermanos el P. Franc y el Hermano Sikora, y fiados en la cooperación de los vecinos resolvimos construir dos puentes, siquiera para gente de a pie. A algunos les pareció esto un sueño, mas no a nosotros, acostumbrados ya a vencer estas dificultades. No se trataba de puentes propiamente, sino de pasarelas, para lo cual bastaban unas docenas de vigas, de tablas y de clavos.

El primer día trabajamos nosotros solos;

pero el segundo se nos unió el Comisario, D. Francisco Muratorio, quien no solamente prestó su inteligente concurso personal, sino que ordenó a media docena de sus agentes vinieran a ayudarnos. En dos días tendimos el primero; tiene diez metros de largo.

Con mayor empuje pusimos manos al segundo, que debía medir no menos de 50 metros. Pero precisamente el primer día casi tenemos que llorar una grave desgracia. El hermano Sikora y yo habíamos bajado para sondear la profundidad, y creíamos poderlo hacer desde un carro; cuando repentinamente el caballo resbaló y cayó en un remolino. Yo pude saltar adonde el agua era poco profunda, pero el hermano, que quería salvar el caballo, desapareció con él bajo las aguas.

Vestido como estaba, me arrojé al agua, y logré sacar primero al hermano y luego al animal.

Era el 30 de noviembre; interrumpimos por ese día los trabajos y los continuamos con mayor ardor al siguiente. Cuatro días después prestaba sus servicios al segundo puente.

Los vecinos, llenos de gratitud, no cesaban de admirarlo. Diez y seis años hacía que el agua había cavado esa división entre las dos fracciones, y si durante la seca no se interrumpían las comunicaciones, durante los meses de lluvias y crecientes cesaba el tránsito a pie, con grave perjuicio de todos.

Muchos de los que veían estas dos obras decían a algún espíritu fuerte, (que allá también los hay): — « ¿Y no preguntaban Vs. para qué sirven los Curas? » Uno de ellos se quejaba luego amargamente de que en 16 años no se hubiera hecho nada, y que un fraile, ayudado por unos cuantos vecinos, hubiera llevado a cabo en pocos días una obra tan necesaria.

El día de fiesta tuvo la Virgen Purísima una buena corona de comuniones. La procesión fué muy numerosa y devota. Varios gallardos jóvenes se disputaron el honor de llevar en sus robustos brazos el paso de la Virgen. Iba la estatua adornada de flores y guirnaldas. El pueblo devoto la acompañaba y le pedía su bendición para sacudir una vez el hielo de la indiferencia y vencer definitivamente ese enemigo formidable que se está apoderando hasta de

las energías de la juventud; parece imposible, — no sólo por aquí, sino en todo el mundo: el respeto humano. — ¡Oh! que la Virgen Santísima escuche las oraciones y premie la buena voluntad de todos los amados vecinos de *Pringles!*

De V. R. afmo. hijo in C. J.

DOMINGO MILANESIO,
Misionero Salesiano.

Del Este al Oeste de la Patagonia.

(Relación del P. Juan Beraldi).

Junín de los Andes, 6 de mayo de 1916.

Amadísimo P. Albera,

Después de haberme pasado casi un año en nuestro Colegio de San Pedro de Fortín Mercedes, situado en la margen izquierda del turbio río Colorado, fuí destinado por la obediencia a nuestra casa de Viedma, punto central de las misiones de la Patagonia y residencia que fué del Exmo. Cardenal Cagliero, primer Vicario Apostólico.

En Viedma y Patagones.

Hallé nuestra casa de Viedma muy floreciente. Es el colegio de S. Francisco de Sales con sus alumnos internos y externos, un verdadero jardín para las Casas salesianas de la Patagonia, puesto que de allí se esperan muy hermosas vocaciones. No otra cosa que flores verdaderas de ameno jardín son los estudiantes de Filosofía y de Teología que nuestra dulce madre María Auxiliadora ha venido reuniendo para mandarlos en breve a difundir la luz del Santo Evangelio por toda la Patagonia.

Recibí gran consuelo viendo el grandísimo bien que se hace en la parroquia con las florecientes Hermandades, Círculo de Obreros y Asociaciones; con las funciones tan solemnes y litúrgicas realizadas con la presencia de numeroso Clero; con la frecuencia de Sacramentos, asistencia a la Sta. Misa aun en los días de labor y con el Oratorio festivo. Impresión gratísima, repito, me produjo nuestra Parroquia, que por belleza y majestad semeja una Catedral y que llamaríamos el San Pedro de la Patagonia; el bien incalculable que allí recibe multitud de niños necesitados quienes gozan una verdadera felicidad en nuestra Granja Agrícola « San Isidro », la caritativa asistencia que reciben los enfermos recogidos en nuestro Hospital de « San José », y finalmente la concurrencia a la Farmacia Salesiana que gratuitamente reparte las medicinas a los pobres.

Es la casa de Viedma un como Hospital Cottolengo (1), si bien más pequeño; es un milagro continuo de la Divina Providencia y casi diría una obra especial entre las de su género, y que se explica sólo con decir: *Digitus Dei est hic.*

Nuestra tipografía de « San Francisco de Sales » trabaja sin cesar y con la hoja trisemanal « Flores del Campo » y otros trabajos, contribuye eficazmente a defender la causa católica.

Y ¿qué decir del benéfico apostolado que allí ejercen las Hijas de María Auxiliadora? Educen ellas más de 200 niñas entre internas y externas; van cultivando en la piedad más de 80 hijas de María y la numerosa asociación de los Angeles Custodios; tienen a su cargo las asociaciones de mujeres y el Oratorio festivo; prestan ayuda a las familias menesterosas y a los enfermos por medio de las damas y señores de la Sociedad de S. Vicente de Paúl, son en una palabra, verdaderas auxiliadoras nuestras en la salvación de las almas.

El espíritu genuinamente salesiano que hábilmente infundió desde el principio el Emmo. Cardenal Cagliero, primer Vicario Apostólico, revolotea todavía sobre todas nuestras casas. No parece sino que el mismo D. Bosco vive y trabaja entre sus hijos e hijas y como intrépido guía los lleva a la conquista de las almas en tierras donde sus sueños se van realizando. Ferrocarriles y automóviles comienzan ya a devorar las distancias más grandes. Hasta nuestro querido Inspector D. Luis Pedemonte hace sus viajes en automóvil, marchando cual ángel de paz sobre las vastas llanuras patagónicas a visitar las más apartadas misiones y a llevar socorros a los hermanos.

¿Qué diré de nuestra parroquia del Carmen de Patagones? y nuestro colegio de San José?

Era el Carmen de Patagones una antigua fortaleza española, levantada para contener las invasiones de los indios; y es actualmente una hermosa ciudad, separada de Viedma por el grandioso río Negro, cuyas aguas silenciosamente besan las orillas, unidas por el incesante ir y venir de vaporcitos y lanchas de remos. La SSma. Virgen del Carmen cuya protección jamás faltó a su querido pueblo de Patagones en las públicas calamidades, pide ahora un magnífico Santuario.

Ya se comienzan a recoger limosnas, y el Vicario Foráneo, nuestro hermano D. Pedro Bonacina ha puesto manos a la obra que para sí pide la Virgen Santísima.

(1) Es este un vastísimo hospital de Turín, que alberga más de 6.000 enfermos de toda clase y no cuenta con más rentas que la Divina Providencia. Lo fundó el Vble. José Cottolengo, Canonigo de Turín, cuya beatificación parece inminente. Fué casi contemporáneo del Vble. Bosco. — N. d. R.

La parroquia es de las más extensas de nuestras misiones. En ella trabajan en compañía del celoso Vicario, el virtuoso párroco D. Mateo Valinotti y el siempre regocijado y popular Don Carlos Cavalli quien por muchos años fué el amado Felipe Neri de Bahía Blanca, y actualmente de Patagones.

Nuestro Colegio de San José es un arca de salvación para la juventud. Cuenta entre internos y externos más de 250 niños y tiene un floreciente Oratorio y su Círculo de Obreros.

Las Hijas de María Auxiliadora ejercitan también en Patagones un fecundo apostolado para con sus 300 y más alumnas, para con las señoras y señoritas por medio de la asociación de las Hijas de María y para con las Antiguas Alumnas, Damas del Sagrado Corazón de Jesús, de San José y San Vicente de Paúl.

La buena semilla de la palabra de Dios, esparcida en estas tierras vírgenes por nuestros primeros misioneros, está dando ya riquísimos frutos.

De Fortín Mercedes a Bahía Blanca. — Reunión Inspectorial.

En tres horas de automóvil y otras tantas de ferrocarril fuí desde Patagones a Fortín Mercedes, bajando desde la estación *Pedro Luro*. Lo primero que se pasa es el río Colorado, así llamado por el color de sus aguas, que a la verdad son más bien turbias que no rojas. Enseguida tropieza uno con el vistoso panorama del Colegio nuestro San Pedro, que levantado sobre un otero muy pintoresco, se halla rodeado de verdes árboles y de una fértil llanura donde abundan los viñas, los cereales y pastos y en que hay largos paseos de copudos álamos y pequeños canales de regadío que toman las aguas del río por medio de dos enormes ruedas hidráulicas. Allí pude admirar una gruta artificial con brotes de agua; un hermoso jardín donde hay en abundancia vistosas flores, hierbas aromáticas y plantas medicinales, numerosas vacas y caballos en la pradera y un guanaco para diversión de los niños; ví también dos molinos de viento en la parte más alta, que proveen de agua al Colegio y al nuevo lavadero a vapor; en la parte baja y sobre la orilla izquierda del río, la casa de nuestros hortelanos con su campo cubierto de verde; y finalmente un horno de cal de reciente construcción. Las apariencias del Colegio son modestas; pero comodidades de estudio, clases, dormitorios, enfermería, comedores, biblioteca, clase de canto, dependencias para misioneros y forasteros y pórticos amplios, no le faltan.

Fruto es todo ello de los sudores y sacrificios de nuestros hermanos, y particularmente, del P. Bonacina, fundador de esta misión donde

trabajó por 20 años, y de su fiel auxiliar D. Carlos Morelli, actual misionero de la devastada zona del Colorado.

En poco más de tres horas me planté en Bahía Blanca desde Fortín Mercedes, pasando antes por las dilatadas posesiones agrícolas y pastoriles de los Hermanos Luro, y después por otras colonias de mucho tráfico, surcadas por una red de ferrocarriles que pronto harán a la ciudad rival de Buenos Aires.

Hasta el año 1890 no fué Bahía Blanca sino una pequeña población y un como país de aldeanos; mas el Emmo. Cardenal Cagliero divisó su porvenir y le dedicó el empeño que se dedica a una parte predilecta del rebaño. No pudiendo atenderla él personalmente, hizo venir del Uruguay al misionero, P. Miguel Borghino, quien secundado por los de aquí, hizo verdaderos prodigios.

El dió vida a la parroquia donde bien pronto empezó a florecer la piedad cristiana, de tal manera que fué necesario levantar enseguida un grandioso templo digno de una ciudad, que aumentaba extraordinariamente. El fué quien guiado por Mons. Cagliero, su capitán, acabó por ganar para Cristo este importantísimo campo en que el demonio había sentado sus reales. El fundó el colegio « Don Bosco », el más importante de la ciudad y en el que se educan más de 700 alumnos; levantó para las Hijas de María Auxiliadora otro colegio del mismo nombre donde hay mas de 500 niñas; y él finalmente fué el alma y la vida del Colegio e Iglesia donados a los Salesianos por la generosidad del caballero D. Luis Abreu.

Juntéme en Bahía Blanca con numerosos hermanos, Directores y Delegados de las casas reunidos allí con el P. Luis Pedemonte nuestro querido Inspector para hacer los Ejercicios Espirituales y celebrar el Capítulo.

Tomáronse en las reuniones importantes deliberaciones para el progreso de las Misiones y sobre todo para el bien de nuestros niños. En vista de que la guerra europea ha cerrado para nosotros las puertas de la esperanza en eso de recibir ayuda se estudió el modo de sacar vocaciones de nuestros Colegios de la Patagonia. Terminó este primer Capítulo Inspectorial con la fiesta de S. Francisco de Sales, la cual resultó por cierto solemnísima debido a la presencia de tantos Directores y misioneros allí reunidos.

Desde Bahía Blanca a Choele-Choele, Roca, Alen, Neuquen y Junín de los Andes.

Celebrada el 11 de Febrero la Sta. Misa en la capilla de las Hijas de María Auxiliadora, y dado el adiós a los hermanos y superiores del Colegio « Don Bosco » tomé el tren para *Choele-Choele*. Viajé toda la noche y al romper el alba

de la mañana siguiente, llegué a la ansiada estación, desde donde hube de caminar media hora, en un carro de mala muerte para llegar al histórico pueblo de *Choele-Choel*.

Catorce años hacía que no había visto tan importante misión.... ¡Qué emociones tan dulces y cuántos recuerdos!... La última vez que allí estuve fué en 1901 cuando tuve la dicha de acompañar a nuestro Vicario Apostólico, a raíz de la espantosa inundación que arruinó las poblaciones y nuestras misiones próximas al Río Negro. Era entonces Choele-Choel capital provisional del territorio y residencia de las primeras autoridades. Encontréme allí sano y robusto todavía a nuestro viejecito misionero D. Anselmo Domenico, apóstol de estas gentes y tierras. Celebré la Sta. Misa en la capilla de casa y pedí humildemente al Sdo. Corazón de Jesús se moviera a compasión por estas almas, mandándonos pronto buenos operarios a esta viña. En el recorrido que desde Bahía Blanca hace el ferrocarril a Roca, Neuquén y Zapála (22 horas de tren), ¡cuántas poblaciones están sumidas en la miseria y abandono!... Son escenas que parten el corazón. Mi antiguo compañero y hermano misionero, me invitó a montar en su carro de labor y se brindó a acompañarme a la Isla Grande de Choele-Choel formada por la misma corriente del río. Tiene esta isla 240 km. cuadrados de superficie con unos dos mil habitantes. Pásase el río con una gran balsa o puente flotante que traslada de un extremo a otro a los viajeros con sus vehículos y caballerías. Llegado al centro de la Isla a la población denominada «Fray Luis Beltrán», tuve la suerte de ver a nuestro amado D. Juan Aceto ya casi acabado por los trabajos y sus muchos sacrificios. Don Juan Aceto no puede ya más; está cansado, enfermo y hasta algo desanimado por no tener un hermano ni un sacerdote que le ayude; da compasión el verle. Pide personal y nadie aparece. Así que no es posible hacer milagros. Turín solamente podría ayudarle. Con solo que recibiera un poco de personal, el hombre llevaría a cabo un proyecto muy importante. Como buen arquitecto, ha hecho el plano que es una verdadera joya de Escuela Agraria, en la que piensa recoger multitud de huérfanos de la Patagonia. También tiene ya el plano de un pequeño Santuario al Sagrado Corazón de Jesús, a la entrada cabalmente de la naciente población «Fray Luis Beltrán» por donde los Ingleses construyen el ferrocarril de *Conesa* al puerto *S. Antonio* sobre las costas del Atlántico. Detúveme en esta Isla una semana para poder visitar la región de *Lamarque* de 7800 almas. Anduve en compañía del misionero D. Anselmo Domenico. Celebré y prediqué en casa del insigne bienhe-

chor D. Abel José. Toda su familia me volvieron a pedir la erección de una capilla y sacerdote.

Al partir al día siguiente y despedirme del P. Aceto se apoderó de mi cierta tristeza y hondo sentimiento. Torné a la estación, y tomando el tren, partí a juntarme con los hermanos y niños del colegio de S. Miguel. Encantador es el panorama que en algunas horas de viaje contemplaron mis ojos por toda la orilla del río: inmensas posesiones agrícolas, vastísimas praderas, multitud de tugurios y aldeas de indios, muchos de los cuales fueron bautizados 30 años hace por Mons. Cagliari y hermanos misioneros cuando aquellos formaban tribus bárbaras, las cuales viven ya entre los Europeos. A medida que el tren va acercándose al antiguo país de *Roca* los ojos se alegran viendo los milagros de la agricultura: Viñedos interminables y campos inmensos de plantas medicinales, de cereales y árboles frutales.

El Gobierno Argentino ha gastado allí una verdadera mina de oro a fin de proveer a aquellas regiones de agua por medio de canales que son una presea honrosísima de ingeniería moderna. Al ver después de 14 años el Colegio de San Miguel se levantaron en mi corazón muy vivas emociones, y deseoso de llegar presto a Junín de los Andes sólo me detuve un día. También visité el Colegio de Maria Auxiliadora, donde reciben cristiana educación las hijas del país y donde tienen asilo las niñas huérfanas.

Visité al día siguiente en compañía del incansable P. Brentana dos poblaciones agrícolas, *Allen* y *Cipolletti*. El primero es un país de honrados españoles, trabajadores incansables y excelentes católicos. Aquí el Gobierno Argentino edificó un gran Hospital Regional que nada tiene que envidiar a los de construcción moderna. Levántese el segundo país sobre la orilla izquierda del río *Neuquén*; pocos años hace que existe y sus habitantes son de diversas nacionalidades y costumbres. ¡Cuánto trabajo para el P. Brentana, único sacerdote encargado de tantas almas. Los domingos tiene que binar, predicar y explicar el catecismo. Fué dado al país el nombre de *Cipolletti* por orden del Gobierno, para así honrar la memoria del insigne ingeniero que llegó a cambiar esta zona patagónica en floreciente centro de agricultura.

Desde *Cipolletti* me trasladé a Neuquén a donde llegué hacia la tarde a juntarme con el Vicario Foráneo D. Fabricio Soldano, hermano queridísimo nuestro. Es Neuquén una ciudad que apenas cuenta 14 años de existencia y sin embargo ya es sede de las principales autoridades civiles y militares del Territorio. Nace junto a la confluencia de los ríos *Limay* y *Neuquén*, que forman el Río Negro, el rey de los ríos de la Patagonia. Allí me detuve con el P.

Brentana para dar una misión a los 108 prisioneros de las Cárceles Territoriales, la que terminó con unas cuarenta Comuniones, algunas de ellas hechas por vez primera. Los Padres Brentana y J. Tosi vinieron expresamente a dar un rato de expansión a los reclusos la misma tarde de la fiesta; y durante una hora alegraron lo que Dios bien sabe a aquellos pobres presos. Tengo para mí que en el Neuquén no bastará derramar sudores y sacrificios; será preciso que la sangre de los mártires fecunde aquel suelo.

Partí de Neuquén para Zapala (última estación del ferrocarril) y allí tuve que sufrir tales contrariedades que estuve por tomar nuevamente el tren y volverme.

Cuando en 1902 hizo nuestro Vicario Apostólico visita pastoral desde Chos Malal a Junín de los Andes en dos meses de penoso viaje, era Zapala un desierto sin otros habitantes que un propietario inglés que tenía un terreno de 40 leguas de extensión. Actualmente merced al ferrocarril es ya un pequeño centro comercial donde todos son negociantes.

Durante el verano y cuando los caminos están en buena disposición, hace el viaje un automóvil desde Zapala a Junín (225 km.) en un día. Yo mismo tuve que viajar en él, desembolsando para ello más de cien pesetas. Durante el trayecto, tan pronto se ve uno casi en la cumbre de una montaña, como en las mayores profundidades; ora desciende en vertiginosa carrera por rápidas crestas, como detiene su marcha por las empinadas e irregulares subidas de las carreteras, o bien comienza el auto a recorrer lugares donde los altos y bajos no tienen interrupción, pues de todo hay por las fantásticas cordilleras de los Andes.

Al fin, cuando ya el sol comenzaba a ocultarse tras el velo de las montañas, mis deseos se cumplían por hallarme al fin de mi viaje. Pasé en un puente flotante el río Aluminé y el Chimhuim y entré en Junín de los Andes más muerto que vivo.

Triste situación de la Misión.

Cuando comencé a pensar en la triste situación por que atraviesa esta desolada misión, no pude menos de sentir vivo dolor. En ella encontré a mi amado hermano el P. Genghini solo y sin ninguna ayuda con el peso encima del pequeño Colegio «Don Bosco» para pobres indios, con la dirección espiritual del Colegio de las Hermanas y con la Parroquia.

Nada digo de la misión del campo, porque desde hace años no se puede ir allá por no haber personal. El querido y benemérito veterano Padre Milanés hace ya dos años que falta y actualmente se encuentra en Buenos Aires en-

fermo. D. Augusto Crestanello fué llamado a dirigir la misión del Comodoro en el Chubut. D. Felix Ortiz y el clérigo Tognetti fueron destinados a Fortín Mercedes y la misión de Junín de los Andes quedó con solo un sacerdote. Las deudas no faltan; debemos a los comerciantes más de 5000 pesos y no sabemos como pagarlos, puesto que las salidas son más que las entradas. Los paredones de la casa, ventanas y puertas, todo amenaza ruina. La antigua iglesia parroquial está cerrada por estar próxima a venir al suelo.

Cuando el Emmo. Cardenal Cagliero la visitó en 1902 estaba esta misión muy floreciente. Ahora atraviesa una terrible crisis. Confiamos que nuestros buenos Cooperadores y Cooperadoras no nos abandonarán y nos enviarán socorros. Entretanto, mándenos V., amadísimo Padre, algún hermano misionero porque esta misión se halla en la agonía.

Bendíganos al P. Genghini y a este

Su afmo. y humilde hijo en J. C.
JUAN BERALDI.

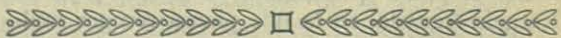
Nuevo Prefecto Apostólico y nuevo Vicariato Apostólico.

Con decreto de la S. C. de Propaganda Fide, ha sido nombrado Prefecto Apostólico de la vastísima Prefectura de Rio Negro (Estado de Amazonas - Brasil) el Rvmo. D. Lorenzo Giordano, ex-inspector de las Casas Salesianas del N. del Brasil.

El nuevo Prefecto Apostólico se encuentra ya en el inmenso territorio de su misión. A él y a su celoso coadjutor Rdo. P. Balzola, la expresión de nuestros más fervientes votos y la promesa de nuestras oraciones.

— También con decreto 4 octubre 1916, la Sagrada Congregación Consistorial, elevaba a la categoría de Vicariato Apostólico, el territorio de Magallanes, campo de las fatigas de nuestro malogrado Mons. Fagnano. La sede principal del Vicariato será a Puntarenas.

Roguemos al Dueño de la mies que mande muchos obreros a su viña.



A los niños.

Ya que vosotros no podéis, al menos por ahora, ir a las misiones y convertir infieles, rogad mucho por los misioneros, ofreced por ellos vuestras comuniones, mortificaciones, visitas, misas etc. y participaréis de su merito. ¡Qué grande cosa es salvar las almas!



Nós tenemos la persuasión de que, en las vicisitudes dolorosas de los tiempos que atravesamos, no nos quedan más consuelos que los del Cielo, y entre estos, la poderosa protección de la Virgen bendita, que fué en todo tiempo el Auxilio de los Cristianos.
PIO X.

NUEVO TEMPLO DE MARIA SS. AUXILIADORA

Homenaje Nacional Peruano al primer Centenario de la Independencia
1821-1921

— o o o —

Como prometimos en el número anterior, publicamos la circular del Rvmo. Sr. Inspector del Perú y Bolivia, en la que se recomienda la erección del nuevo y grandioso templo dedicado a María Auxiliadora acompañada dal proyecto del mismo.

Un llamamiento a los Peruanos.

En la noble porfía con que toda alma peruana se va preparando para celebrar el glorioso Centenario de la Independencia de la República, no puede quedar indiferente la Institución Salesiana, que de su Fundador el Ven. D. Bosco aprendió a considerar como su segunda Patria el suelo donde se levanta una de sus casas y trabajan sus hijos.

Pero, tratándose del Perú los Salesianos tienen motivos especiales para asociarse al común entusiasmo para la celebración de la clásica fecha. Ellos nunca olvidarán la benévola acogida que se les brindó en el país, las manifestaciones de cariño recibidas de todas las clases sociales y el apoyo de los poderes públicos.

Por consiguiente, en prueba de nuestra gratitud al Pueblo Peruano hemos pensado trabajar con ahinco en la prosecución de los trabajos del nuevo Templo de María Auxiliadora, que ya es una verdadera necesidad para este nuevo barrio de Lima, destinado a ser su mejor *boulevard*, y contando siempre con la ayuda de la Divina Providencia que hasta ahora no nos ha faltado, y con el apoyo de todo buen Peruano, presentarlo terminado para 1921 como Homenaje Nacional al primer Centenario de la Independencia.

La colocación de la primera piedra se verificó el 24 de Mayo de 1906, como recuerdo imperecedero de las Fiestas Centenarias de Santo Toribio y del cuarto Congreso de los Cooperadores Salesianos.

Después de los ritos preliminares celebrados

por S. S. Ilma. y Revma. Mons. Santiago Costamagna, Obispo titular de Colonia y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, S. S. Ilma. y Revma. Mons. Manuel Tovar, Arzobispo de Lima, bendijo la primera piedra.

Apadrinaron el acto: S. E. el Señor Presidente de la República Doctor José Pardo y su Señora Doña Carmen Heeren de Pardo, representados por el Sr. Dr. Jorge Polar, Ministro de Justicia y Culto y su Señora Doña Carmen E. de Polar.

Asistieron a la ceremonia el Ilmo. y Revmo. Mons. Manuel Segundo Ballón, el Ilmo. y Revmo. Mons. Carlos García Irigoyen, entonces Secretario de S. S. Ilma. y Revma. el Sr. Arzobispo, y otras distinguidas personalidades.

Por causas ajenas a la buena voluntad de los hijos de Don Bosco y a la correspondencia de la Ciudad de Lima, tuvieron que suspenderse poco después los trabajos.

Pero al llegar entre nosotros el distinguido arquitecto Salesiano P. Ernesto Vespignani, se modificaron los planos y, alentados por el Exmo. Sr. Delegado Apostólico Mons. Angel Jacinto Scapardini, quien en repetidas ocasiones expresara su deseo de ver cuanto antes levantar las paredes del nuevo Templo, y confortados con la aprobación y bendición de Nuestro dignísimo Sr. Arzobispo, hemos puesto otra vez mano a la obra resueltos a superar toda dificultad confiando en la generosidad de todos los Peruanos y de un modo particular de los Limeños y de los devotos de María Auxiliadora.

Una manera bastante práctica de contribuir a la erección del Templo es suscribirse para un metro cúbico de pared (Soles 25) o un metro cuadrado de superficie cubierta (Soles 125).

Y para facilitar esta manera de contribuir y que esté al alcance de todos, aún de los menos pudientes, se ha mandado preparar libretas-talonarios para el metro cúbico, de 125 Cédulas de a 20 centavos cada una.

Asimismo se ha preparado libretas-talonarios para el metro cuadrado de superficie cubierta, de 125 Cédulas de a 1 Sol cada una.

Para estímulo de las personas que en su bondad querrán contribuir a obra tan excelente, vamos a indicar por de pronto algunas de las ventajas a que tendrán derecho:

1. Se llamarán *Socios Protectores* los que dieren o recolectaren una suma superior a 1000 Soles.

Ellos tendrán derecho a honras solemnes a su muerte, recibirán como recuerdo una hermosa Oleografía del cuadro de María Auxiliadora que se venera en Turín y llevarán grabados sus nombres en una lápida de mármol en la futura iglesia, dándoseles su respectivo diploma.

2. Las personas que dieren o colectaren por 4 metros cuadrados de superficie cubierta o 20 metros cúbicos (Soles 500), se llamarán *Socios Bien-*

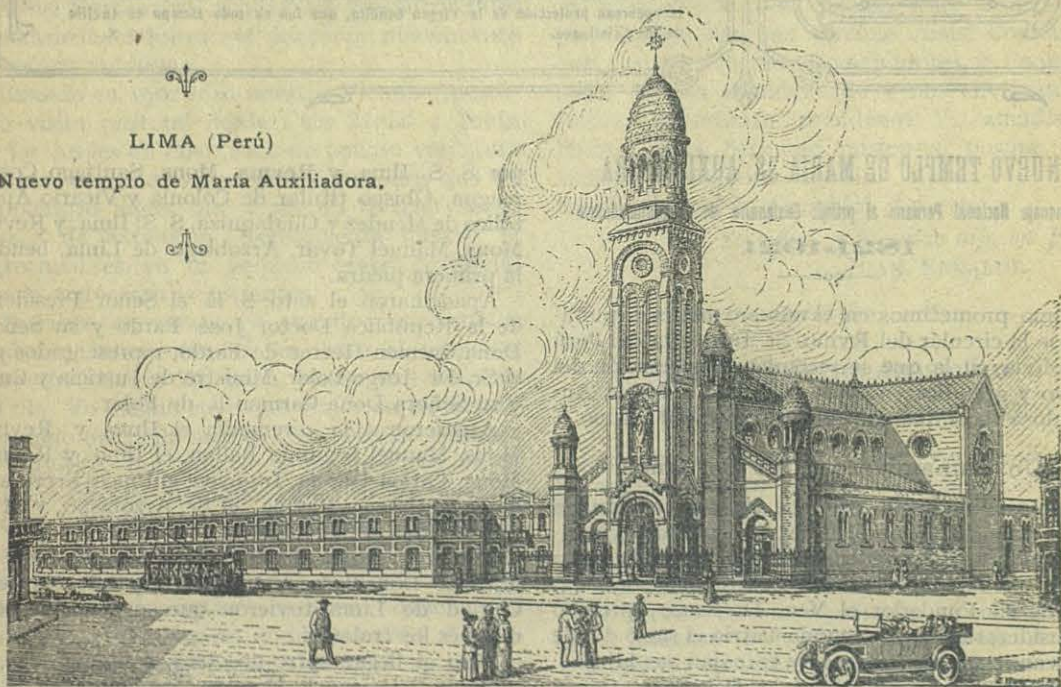
CARABANCHEL ALTO (Madrid). — Un gran amigo de la Obra Salesiana nos envía esta relación, que agradecemos cordialmente. —

Fiesta de María Auxiliadora. — Imposible es trasladar al papel ni la imagen de las sublimes fiestas con que estos buenos novicios honraron a nuestra Madre María. Ellos en ese hermoso mes de Mayo, en que la misma naturaleza con innumerables encantos invita a los hombres a juntarse a ella para elevar un canto de amor a la Reina de los cielos, rodearon la hermosa imagen de María Auxiliadora de una nube de rosas, azucenas y mil y mil variadas florecillas, símbolo de las virtudes que se proponían imitar en obsequio a María, emblema también de las virtudes que pedían a esta



LIMA (Perú)

Nuevo templo de María Auxiliadora.



hechores y tendrán grabados sus nombres en una lápida, entregándoseles su respectivo diploma con una estampa oleográfica de María Auxiliadora.

3. Las personas que se hagan cargo de un metro cuadrado de superficie cubierta recibirán diploma de *Socios contribuyentes* con una estampa de María Auxiliadora.

4. Las personas que se hagan cargo de un metro cúbico serán *Socios Celadores* y recibirán diploma y una estampa de María Auxiliadora.

Tanto en esa casa salesiana como en las demás de la República se hará continuo recuerdo de nuestros bienhechores y cada día elevaremos al Cielo nuestras súplicas implorando sobre ellos y sobre sus familias las divinas bendiciones.

Lima 6 de Junio de 1916.

JOSÉ RAYNERI,
Inspector de los Salesianos.



bueno Madre para los niños que algún día estarán bajo sus cuidados.

Tampoco dejaron de saludar a tan benditísima Madre con expresivos y armoniosos cantos en la función del mes de María.

El día de la fiesta fué el del entusiasmo y del amor en que Filósofos y Novicios dieron la más palpable prueba del acendrado cariño que profesan a la Virgen de D. Bosco.

A los primeros albos saludaron a María con el alegre toque de diana por la Banda de la Casa; cantóse a las 10 una Misa solemnísimas, agradando mucho, tanto por lo exquisito de la composición musical y su óptima ejecución, como por la exactitud y solemnidad de las ceremonias, principalmente en el pequeño clero.

Por la tarde llevaron en procesión a nuestra amantísima Madre por los hermosos paseos de la finca donde se había reunido gran concurso de gente del pueblo, que quedó admirada del amor y entusiasmo que estos pequeños hijos de D. Bosco profesan a María Auxiliadora.

Gracias de María Auxiliadora.

En los campos de batalla.

Hoy en todos los campos de batalla se invoca fervorosamente a María Auxiliadora. Cuando la paz haya extendido sobre el mundo sus benditas alas y podamos recoger documentos de todos los frentes, podremos ofrecer a los devotos de María Auxiliadora irrefragables pruebas de la ternura y bondad de nuestra Madre para con sus devotos. Sus medallas ostentan, triunfantes, sobre el pecho, los cascos, las armas de los soldados; ante sus imágenes se prostran humildemente y confiadamente las compañías y escuadrones al comenzar las acciones, entre el fragor de las artillerías, en los momentos de tregua; y su nombre dulcísimo, cual augurio de consuelo y ventura, se repite de tienda en tienda en los destacamentos y en los hospitales donde yacen los heridos.

Ahí va una nuestra. El que escribe es un teniente salesiano.

María Auxiliadora ha sido siempre nuestra Madre; pero desde que el deber nos tiene en los ensangrentados campos de batalla, nos asiste más visiblemente. Hallándome en el frente, preservado milagrosamente de las balas, cogí por la intemperie, una fuerte bronco-pleuropulmonía. Habiéndola descuidado por dos días, se convirtió en enfermedad aguda y pasé siete días con una fiebre de más de 40°. De cuando en cuando perdía los sentidos, y los últimos tres días estuve tan grave, que el médico militar declaró luego que no se explicaba cómo podía yo vivir. Llegó el día de la crisis. La fiebre llegó a los 41 y medio. Yo me ahogaba: mi cuerpo se endureció y perdí del todo la sensibilidad.

Llamaron de prisa al sacerdote para que me administrara los últimos Sacramentos. Mientras tanto recobré el cono cimiento y me daba cuenta de mi estado. Y yo mismo, con un lucidez de cabeza y una calma que no eran mías, respondí al sacerdote, y cuando me rezaron el *Proficiscere*, esperaba ya el soplo de la muerte. En aquellos solemnes

momentos, pensando que iba a comparecer ante el tribunal de Dios a dar cuenta de tantas gracias recibidas, tuve miedo y acudí filialmente a María Auxiliadora; y entonces, como en un sueño me pareció ver el santuario para mí tan querido; ví a nuestra amadísima Madre sobre su altar, y a sus pies multitud de personas buenas rogando por mí; y no solamente me pasó el temor, sino que adquirí la seguridad de que no moriría.

Llegué en efecto hasta el último trance; parecía que de un momento a otro iba a exhalar el último aliento; los enfermeros querían ya vestirme y habrían ya ordenado ir a tomar las andas para trasportar mi cadáver.

Pero la Virgen Santísima me miraba con ojos de predilección. A eso de las dos de la madrugada un sueño reparador sucedió a las angustias de la agonía, y cuando me desperté la fiebre había bajado a 38. En breve desapareció toda amenaza, me repuse en pocos días y de la enfermedad no me quedó ni rastro. Y ahora heme de nuevo en mi batallón y en mi sitio de combate, seguro de que María Auxiliadora, que me ha salvado hasta ahora, me salvará en lo sucesivo, para hacerme reanudar un día, que espero no esté muy lejano, mis antiguas ocupaciones, mis clases, mis tareas con mis amados niños... con mayor entusiasmo, consagrado total, únicamente a su santo servicio.

E. G. Teniente.

Durante el invierno pasado sufrí una caída que me causó la rotura del fémur izquierdo, y me tuvo enclavada por largos meses en la cama con dolores agudísimos.

Los cuidados que me prodigó el facultativo y los fangos de Acqui me aliviaron no poco; pero a pesar de todo no me movía sino con grandísima dificultad, apoyándome en las muletas, que ya desesperaba de poder dejar. También el médico me decía que no curaría de la cojera y que me resignara con mi suerte. No me dí por vencida y quise experimentar una vez más el poder y bondad de María Auxiliadora y de Don Bosco. Me trasladé al Santuario de Valdocco, recé con toda la efusión de mi corazón y ese mismo día pude acercarme a la santa comunión sin el auxilio de mis muletas, después de casi un año que no podía dar paso sin ellas.

Ahora estoy completamente curada, y con el corazón lleno de gratitud a María Auxiliadora y a D. Bosco que me alcanzaron del Sagrado Corazón de Jesús esta gracia.

Alice Castello, Mayo de 1915.

FRANCISCA MASSARA.

Cádiz. — En 1914 al estallar la guerra Europea, fué llamado al frente de batalla un cuñado mío, esposo de mi querida hermana dejándola en el mayor desconuelo con una hija de corta edad. Llena de compasión hacia ella, invoqué a María Auxiliadora suplicando me concediese la gracia de devolvérselo sano y salvo.

Hice varias promesas que cumplí fielmente, pero en cambio mi amadísima madre María Auxiliadora me ha pagado con creces. Durante el año que estuvo en la guerra corrió grandes peligros; en una ocasión fueron muertos sus dos caballos; otra vez estalló un obús tan cerca de él, que le alcanzó un casco destrozándole el revólver y derribándolo al suelo saliendo ileso milagrosamente. Por último la Providencia quiso que el dueño de la fábrica donde prestaba sus servicios no pudiera encontrar quien lo sustituyera en la fabricación de cierto metal utilísimo, y enterado el ministro de la guerra, fué llamado por él entregando sus armas con gran regocijo. Para demostrar mi gratitud por tan grande merced, doy una limosna para que digan una misa en el Asilo Escuela « S. Ignacio » de los P. P. Salesianos.

ANA DEBOURTHOUMIEU E IRAOLA.

Carabanchel. — Habiendo perdido la colocación que servía para atender las necesidades de mi familia, pedí a María Auxiliadora me concediera un medio pronto para atender a mis perentorias necesidades. No bien hubo acabado la Novena, mi señora se encomendó a D. Bosco y cuando ya se creía casi imposible, recibí una credencial con la que podré atender a mis deberes de esposo y padre. Por esta gracia envió 75 pesetas que ofrecí a María Auxiliadora.

10 Marzo de 1916.

DIONISIO GARCIA VINUEZA.

Molina de Aragón. — Estando nuestro hijo José Luis con el sarampion, se le retiró repentinamente la erupción y tan mal se puso el enfermito, que creímos se nos moría aquel día. Después de pasar unos días con alta fiebre se presentó la tan temida complicación de la meningitis: siete días estuvo el niño entre la vida y la muerte sin dar la más pequeña muestra de sensibilidad. Perdida toda esperanza en los medios humanos, hubimos de depositar nuestra última esperanza en María Auxiliadora y por breves momentos colocamos en la cuna del enfermito, una pequeña estatua de la buena Madre, mientras invocábamos su protección. Esto sucedía a media noche y a la mañana siguiente notó el médico una visible mejora que paulatinamente fue acentuándose hasta el completo restablecimiento de nuestro hijito, que hace un mes lo juzgábamos perdido y hoy lo vemos jugar y reír sin la más pequeña huella de tan terrible enfermedad.

Para los huérfanos del V. D. Bosco remitimos una pequeña limosna, y como público testimonio de gratitud a nuestra Protectora escribimos estas líneas.

26 de Enero de 1916.

M. MERCEDES VALCÁRCCEL DE G. VARELA.

Espinal. — Con placer inmenso doy a la publicación un favor muy insigne que he alcanzado por mediación de María Santísima.

Mi anciana madre agonizaba después de algunos meses de atroz pleuro-pulmonía. Los facultativos habían agotado todos sus recursos y acabado de declarar imposible toda curación ¡Qué de angustias y zozobras!

Pero en buena hora me acuerdo de los innumerables milagros obrados por la que es Auxilio de los Cristianos, y hago resueltamente esta promesa: diré nueve misas seguidas en su honor y publicaré el hecho, si resultare favorable mi súplica.

Y ¡oh prodigio! la enfermedad hace crisis pronto, y la reposición es completa.

Todos dijeron que ha sido milagro, pero yo no me he atrevido a calificarle de tal, por haber intervenido causas segundas o naturales; lo cual no obsta para que mi corazón agradecido publique el suceso y cante las alabanzas de esa Reina compasiva, que socorre y que consuela cuando se halla perdida toda esperanza acá sobre la tierra.

Ella es la que ha hecho ordenar y disponer las causas naturales, hasta obtener la curación de mi querida madre y Ella por consiguiente la que ha obrado como causa principal y eficiente tan insigne curación.

Sirva este sencillo relato para que se difunda cada día más y más en el pueblo cristiano la consoladora y simpática devoción de María Auxiliadora.

Junio de 1915.

F. S. D. Pbro.

Cartagena (Col.) — No tengo palabras con que agradecer la tierna bondad de María Sma. Auxiliadora para conmigo. Nuestro Señor quiso probar hondamente mi corazón de madre, permitiendo que todos mis siete hijos fueran, en menos de 24 horas, atacados por la terrible enfermedad del sarampion, sufriendo indecibles dolores.

El 24 de mayo, día en que los Cooperadores Salesianos celebramos las glorias de nuestra Celestial Patrona, la enfermedad había llegado a su momento más crítico; yo, como oprimida por el dolor, aproveché el momento en que, pasando en procesión la bendita imagen de María Auxiliadora delante de mi casa, me arrodillé y con las lágrimas en los ojos y con fe ardiente supliqué a la Virgen que salvara a mis hijos. Y efectivamente María Auxiliadora tuvo piedad de esta pobre madre, pues al cabo de poco tiempo mis adorados hijos se vieron libres de la enfermedad, sin quedar siquiera señal alguna.

Otros prodigios más de carácter íntimo me prodigó nuestra celestial Madre, que aprovechando la ocasión agradezco hoy públicamente, para que a vista de tan palpable protección se aumente nuestra fe y crezca el número de sus devotos. Cumpló igualmente la promesa de enviar una limosna para el sostenimiento de la Obra Salesiana del Ven. Don Bosco.

Agosto 24 de 1915.

ROSA A. P. DE CAVIEDES



POR EL MUNDO SALESIANO

CARABANCHEL ALTO (Madrid) — Fiesta del Sdo. Corazón de Jesús. — El mes de Mayo fué como una preparación para el de Junio, y la fiesta de María Auxiliadora, lo fué de la del Sdo. Corazón. Preparados los espíritus y enfervorizados los corazones por frecuentes y sentidas platiquillas llegaron a la fiesta.

El altar, en medio de la más litúrgica seriedad cual conviene al Rey de los Cielos, mostrábase adornadísimo; y si cuando la fiesta de María Auxiliadora rebosaba alegría de suerte que no se podía menos de sentir impulsos cariñosos por María, ahora respira devoción y reverencia haciendo caer de rodillas y adorar la Magestad de Dios allí presente.

Por la tarde llevaron a nuestro Rey por la dilatada finca, adornada con banderas y gallardetes, en medio de cantos y músicas. Era conmovedor oírles cantar con profunda convicción:

*Venid y la promesa
Cumplid de vuestro amor,
Venid, y en nuestra España,
Reinad, reinad, Señor!*

No había expectador que no sintiese la grandiosidad del acto; que llegó al colmo cuando un novicio con voz entrecortada por la emoción y dirigiéndose a la custodia, le recuerda una a una las promesas todas que a los hombres hiciera y a las que nosotros respondíamos, con lágrimas en los ojos: *¡Vos, Señor, lo prometisteis!*

También en esta fiesta desempeñó un buen papel la pequeña Banda de esta Casa.

Imposición de la Sta. Solana. — ¡Día dichoso aquel en que se vieron realizadas las más risueñas esperanzas y cumplidos los más nobles deseos de un puñado de jóvenes generosos!

A los pies del altar, con la sotana en los brazos, esperaban el momento tan suspirado de desnudarse el traje secular para vestir la sotana salesiana.

Bendijo el santo hábito el Revdo. Sr. Inspector y después uno a uno les fué quitando el traje mundano y poniéndoles el uniforme de D. Bosco, del Papa, de Jesucristo. Dichosísimos se mostraron aquel día los novicios, como expresaron muy bien en una hermosa velada, jurando fidelidad a Don Bosco y estimando más un palmo de su pobre sotana que los ricos brocados de los reyes.

Consuelo grande causó en los que asistimos a acto tan grandioso, pues nos hacía recordar la promesa de nuestro Ven. Padre, de que la Pía Sociedad Salesiana crecería muchísimo y se extendería por toda la tierra.

En este día, tan querido de todos los Españoles por ser la Virgen del Pilar, el hermoso rosal de la

Congregación salesiana produjo catorce capullos, que serán el día de mañana hermosísimas rosas, que extenderán por doquier el suave aroma de las virtudes y el buen olor de Jesucristo.

MÁLAGA. — Ann no se ha borrado de la ciudad el recuerdo de la visita del inolvidable P. Albera, y los Cooperadores, especialmente el Sr. Obispo Auxiliar, el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel González, el popularísimo ex-arcipreste de Huelva, D. Baldomero Guiara, nuestro insigne bienhechor, el Dr. D. José Gálvez, médico de renombre universal, no pierden ocasión de mostrar su amor por la Obra de Don Bosco.

Aprovechando ellos la visita de nuestro amado hermano el P. Fierro, que venía de Italia y traía recuerdos del Revmo. P. Albera, del P. Rinaldi, de D. Pedro Ricaldone y demás Superiores, organizaron un acto que se concretó en una conferencia salesiana, con la asistencia activa del insigne Prelado y de lo más granado de la ciudad. El acto tuvo lugar en la hermosa iglesia de S. Juan, galantemente ofrecida por su dignísimo Cura-Párroco, el 15 de Octubre, día de Sta. Teresa.

De las amplias reseñas que le dedicaron *La Defensa* y *La Unión Mercantil*, entresacamos lo siguiente:

La justa fama que como sociólogo se atribuía al humilde sacerdote, quedó el domingo afirmada con un nuevo triunfo.

Con sencillez y claridad extraordinarias disertó sobre la influencia de la Sociedad Salesiana en la resolución del pavoroso problema social.

Comenzó con un párrafo dedicado a nuestra ciudad, haciendo constar cuánta era su satisfacción al hablar en Málaga, emporio de riqueza y de trabajo, que presagian un porvenir brillante, porque el trabajo es actividad y la actividad es vida.

Unos queridos amigos — dice — y admiradores de D. Bosco me invitaron a dirigiros la palabra desde este lugar y como el maestro nos enseñó a ser complacientes, héme aquí dispuesto a conversar con vosotros sobre lo que es el *espíritu de D. Bosco*.

Con palabras de Pío X expone la necesidad de que en todas partes se viva el espíritu del fundador de los Salesianos cuyo lema, por razón de las necesidades de los tiempos que vivió, muy parecidos a los actuales, fué: ¡Trabajo! ¡Trabajo! y Oración!

— Sabido es que la revolución trajo como arma certera para herir de muerte a la sociedad, la disgregación, la división, convirtiendo en átomos las espléndidas organizaciones del pasado, y erigiendo en sistema el individualismo, y por consiguiente el egoísmo.

El programa redentor que puede sintetizarse con esta frase: *el uno por el otro y Dios por todos*, se cambió por el de *cada uno para sí*, con lo cual se facilitó la opresión de los débiles y se preparó la lucha por la existencia, la lucha con vistas exclusivamente al mendrugo, que hizo al pobre, al obrero ver en el rico su constante opresor.

Y cuando consiguió aniquilar a los gremios, se intentó provocar una reacción a espaldas del Evangelio. Y vino el Socialismo.

Contra este sistema opusieron sus energías y lucharon sin descanso insignes paladines del catolicismo, como Ketteler, Donoso, Balmes.

¡Y cosa admirable! cuando este último exclamaba: *El conflicto social solo puede ser resuelto por la comunidad religiosa*, vasta organización de las fuerzas católicas, Don Bosco ya estaba ensayando su vasta organización de las fuerzas católicas.

¡Don Bosco! ¿Quién era Don Bosco?

De modo magistral retrata la figura de D. Bosco, llamándole *faro de luz vivísima y reflector llamado a iluminar al mundo*.

Mas comprendiendo que el trabajo aislado no sería fructuoso, pensó y lleva a la práctica la organización del que podríamos llamar tercer grupo de su Obra: el de los Cooperadores para que fuesen en manos de los Obispos y Párrocos un instrumento poderoso de bien.

Seguidamente define lo que es el Cooperador Salesiano, diciendo que no es sólo un señor o señora que se acerca de comulgar sino contribuye al sostenimiento de las fundaciones, sino que tiene otros y más principales deberes.

El orador los enumera y concreta de modo admirable.

Dice que fué su idea que cada casa salesiana fuese *La Casa del Pueblo* en sentido católico, sin inmiscuirse, eso sí, en política, porque la política desune.

Cuenta la historieta de un rey que llamó al morir a sus siete hijos y les entregó a cada uno una varita para que la rompieran. Todos lo hicieron con facilidad, pero luego unidas las siete ninguno ni el más forzudo pudo romperla. Con esto quiero demostraros, dijo el agonizante, que si os disgregáis fácilmente seréis vencidos, pero si os unís como esas varas, no habrá poder que os destruya.

Dedica varios párrafos nutridísimos de santa doctrina a demostrar la importancia de la prensa, porque sin la prensa genuinamente católica todo sería, si no, estéril, muy difícil.

Hace falta, dice, proteger la buena prensa ayudándola a gozar vida más próspera que la que hoy disfruta.

Lo propio quiso D. Bosco hacer con los católicos, con sus Cooperadores.

La clase obrera. — El otro de los factores es la educación de la clase pobre, para lo que no debe perdonarse ninguna clase de sacrificio, creando al efecto donde no los haya o fomentando y vigorizando los ya existentes, oratorios festivos donde se recoja a los niños el domingo para acostumbrarlos a cumplir sus deberes religiosos y sociales y para santificar la fiesta.

También tienen gran importancia las escuelas profesionales donde sobre la base de una sólida

educación cristiana se forma el obrero capaz y el artista estudioso que sean el orgullo de su patria.

Aboga por la unión de los niños pobres y ricos para que los primeros se acostumbren a ver en los segundos sus protectores y bienhechores y los segundos en los primeros sus hermanos necesitados del algo material, que Dios les concedió a ellos.

A ello tienden las casas salesianas.

Dedica un recuerdo especial a la de Utrera, la primera casa salesiana de España, legítimo orgullo de Andalucía.

Las misiones. — Habla de las misiones organizadas por Don Bosco, que han logrado arrancar de la barbarie a tribus salvajes que hoy son pueblos florecientes y hablan el idioma de Castilla.

A todo esto llama el Apostolado Salesiano. Pero ante todo las obras locales.

Aquí tenéis una Casa Salesiana, que quizás muchos no conozcáis, en donde hay asilados, a los que se enseña un arte, y se les prepara para la vida futura. Protegedla, haced que esta casa sea lo que debe ser, la casa del pueblo católico de Málaga. Haced que sea como el centro de esta acción católica, de que os he hablado.

Un elogio al Prelado. — En varios párrafos muy elocuentes dedica frases de elogio a nuestro Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar al que llama *Salesiano de Corazón*, aconsejando a todos que sigan sus sabias indicaciones, por que en materia social, como en todas, el Prelado Auxiliar, es una competentísima autoridad. Y termina ensalzando en términos elocuentes el trabajo; habla de la vida de actividad y de la vida de sacrificios, y cita algunos versos de los colocados al pié del monumento a Torrijos, diciendo que si hay que ir al sacrificio, que se vaya, que las puertas de la gloria abiertas están para los mártires.

Demos a la acción católica todas nuestras fuerzas, y si sufrimos, bendito sufrimiento, y si sucumbimos lo haremos como los héroes. Fomentemos la cultura y la educación, y en nombre de Dios os digo que pronto recogeremos los frutos.

Y gracias, termina, por la paciencia con que me habéis escuchado y al Corazón de Jesús, pido que os bendiga, y os ilumine y dé fuerzas para que al fin de la vida podáis decir: « Señor, he cumplido mi deber! »

* * *

El Sr. Obispo desde el altar mayor dice dirigiéndose a los fieles, que el padre Fierro, con toda suavidad ha dicho una cosa que a él le ha sabido a queja.

Ha dicho que en Málaga hay una casa de Salesianos, que quizás no conozcáis, y esto es una pena muy grande, pero una verdad más grande que la misma pena.

Yo amo a Don Bosco y a su Obra, y voy muchas veces a esa casa de S. Bartolomé. En las Casas Salesianas he visto el Evangelio en acción. Exhorta a todos los Malagueños a hacer lo mismo, a conocer a los Salesianos, a amarlos, pues no sólo necesitan los Salesianos dinero para ellos, lo que pido es que los que pueden les alienten con su trato, les ayuden por todos los medios a su alcance, porque hay que

reconocer que su misión es trascendental; que esos niños que recogen del arroyo y que abandonados serían carne de presidio, los devuelven a la sociedad convertidos en hombres útiles para la patria.

Haciendo la advertencia de que no quiere hablar en tono de sermón, sino como padre que es el tono que más le agrada, ruega a todos dediquen algo de su atención a la Obra de Don Bosco.

Yo, dice, quise tener Salesianos en Huelva y no pude conseguirlo y al venir a Málaga y encontrarme aquí con ellos he sentido verdadera satisfacción y por ellos me intereso.

Elogió las buenas condiciones que reconocen en los Malagueños por lo que con una poquita de buena voluntad puede conseguirse mucho.

La función terminó con la bendición del Prelado.

SALAMANCA. — Hallamos en un periódico local las siguientes líneas, que no dudamos alegrarán a nuestros lectores.

Brillantísimas han sido las calificaciones obtenidas, en los exámenes de Bachillerato, por este importante Centro de educación y cultura en todos los años que lleva de existencia, lo cual demuestra claramente la bondad y excelencia del método pedagógico salesiano, basado en el *Sistema preventivo* del Ven. Juan Bosco, que, si bien para el profesor es el más árduo y laborioso, para el alumno es el más racional y provechoso, dando resultados jamás imaginados.

El éxito, empero, obtenido este año, supera todavía los de los anteriores y constituye un gran triunfo de la Pedagogía Salesiana, como lo prueba con persuasiva elocuencia, el siguiente cuadro, que comprende el resultado completo de los exámenes verificados en el mes de Junio, en el Instituto General y Técnico de Salamanca.

Aquí copia el cuadro completo de alumnos, asignaturas y exámenes resultando 133 sobresalientes, 122 notables, 76 aprobados y un suspenso. Relacionando el número correspondiente a cada nota con el número de exámenes resulta este hermoso porcentaje: Sobresalientes 40.06%; notables 36.74%; aprobados 22.90% e suspenso 0.30%.

Nueve alumnos obtuvieron en todas sus asignaturas la nota de sobresaliente.

NOTICIAS VARIAS.

Chieri a D. Bosco.

La ciudad de Chieri, ilustre por sus recuerdos, inauguró solemnemente una lápida conmemorativa en el muro de la iglesia de S. Antonio, en la plaza Cavour, como recuerdo del tiempo que en su seminario y en su distrito pasó el Fundador de los Salesianos. El promotor de la obra

fué el Rev. P. Ferrato, S. J., quien dictó también la inscripción de la lápida, que dice así:

En esta iglesia — el Ven. Juan Bosco — en los años de 1831-35 — estudiante y artesano — en medio de estrecheces y dificultades — entre las fatigas del trabajo y del estudio — reunía compañeros y amigos — para las instrucciones catequísticas — de los Padres de la Compañía de Jesús — como preludeo — de su mundial instituto — de los Oratorios festivos — de su noble apostolado — en pro de la juventud. — Para perenne recuerdo — Los habitantes de Chieri.

Presidieron la ceremonia S. Emcía. el Cardenal Cagliero, el Alcalde de la ciudad, el diputado del distrito, el P. Ferrato, el Comité Ejecutivo y las autoridades civiles y eclesíásticas. Se recibieron adhesiones de Cardenales, Senadores, Diputados. Pronunciaron elocuentes discursos el Alcalde Sr. Bottero, comendador de la Corona, y el Emmo. Cardenal Cagliero. Fué una ceremonia inolvidable.

La lápida mide metros 2,80 x 2,20 y está surmontada por un medallón de bronce.

El Cardenal Cagliero y los procesos de Beatificación de D. Bosco y Domingo Savio.

Durante la segunda quincena de Julio y primera de Agosto el Emmo. Cardenal Cagliero prestó sus declaraciones en los procesos de Beatificación y Canonización de nuestro amadísimo Padre y de su piadoso alumno Domingo Savio, instituido por mandato de la Santa Sede en la curia arzobispal de Turín.

Las declaraciones en la Causa de D. Bosco fueron trece, y en la de Domingo Savio cuatro, durando, por término medio, cuatro horas cada una.

Roguemos a Dios por el éxito feliz de estos procesos y que acelere el día en que veamos nimbadas con la auréola de los Santos las frentes de D. Bosco y de su alumno queridísimo!

La Beatificación del Vble. Cottolengo.

El mismo día que Chieri dedicaba la lápida a D. Bosco, en el Vaticano, a la augusta presencia del Pontífice, Monseñor Verde, Secretario de la S. Congregación de Ritos, daba lectura al Decreto de aprobación de los dos milagros propuestos para la beatificación del Siervo de Dios, Ven. Cottolengo, Fundador de la admirable Pequeña Casa de la Divina Providencia en Turín.

Esto significa que dentro de pocos meses saludaremos *Beato* al caritativo Canónigo turinés; pues aprobados los milagros, no resta, en

el procedimiento ordinario de la Sagrada Congregación, sino reunir otra congregación plenaria ante el Santo Padre para expedir el así llamado TUTO (*an tuto procedi possit ad solemnem... beatificationem?*).

Deo gratias! exclamamos de lo íntimo del corazón, llenos de alegría fraterna.

PINEROLO — Instituto para los huérfanos de guerra. Con solemnidad y cordialidad extraordinarias, se ha inaugurado en Pinerolo, pequeña ciudad del Piemonte, el Instituto « D. Bosco » para niños huérfanos a causa de la guerra, ofrecido magnánimamente por nuestro Superior General, que siguiendo las huellas de D. Bosco, no perdona sacrificios cuando se trata de la salvación y bienestar de la juventud abandonada.

Ya más de 30 son los huérfanos acogidos y la caridad de los cooperadores no deja faltar nada a estos pequeños seres desgraciados.

América honrando a Cristo y a España.

Dos notas muy simpáticas nos ha traído el correo de la Argentina con motivo del centenario de la independencia que ha celebrado aquella República. Una es el grandioso homenaje de adoración rendido a Jesucristo en la ciudad de Buenos Aires como terminación del Congreso Eucarístico, que ha sido uno de los números más interesantes del programa de fiestas nacionales.

El día 23 de Julio fué el designado por el Congreso para la celebración de tan solemne homenaje, que constituirá una brillante página en la historia religiosa de la Argentina. De las extensas reseñas que del acto publicó el gran diario bonarense *La Nación*, recogemos los siguientes datos:

« Salió el Santísimo colocado en un precioso templete que llevaban sobre sus hombros seis sacerdotes, revestidos de casulla; detrás iban los Excmos. Sres. Arzobispo, Delegado Apostólico, Ilmos. Obispos de Catamarca, de La Plata, de Córdoba, de Cuyo y de Paraná; varios monseñores, curas párrocos, superiores de Ordenes religiosas. Todos los curas o encargados de iglesia o capilla revestidos de casulla, y los demás, los mismo que los seminaristas con roquete.

El desfile comenzó a la una desde la plaza Mayor y tardó hasta las cuatro y media en llegar a la plaza del Congreso.

Frente a la Catedral, donde estaba expuesto el Santísimo, antes de iniciarse el desfile el clero y los seminaristas cantaron el *Pange lingua*, acompañados por la banda de Policía. La ejecución de este canto resultó uno de los detalles solemnes del acto por el efecto que combinaban las voces, la música y el numeroso grupo de sacerdotes, con las altas autoridades eclesiásticas, revestidos todos con sus insignias.

En la comitiva figuraban los ministros de la Guerra, de Marina y de Obras públicas; muchos senadores y diputados, el vice presidente electo

de la República Dr. Luica; jefes del Ejército y de la Armada, ex-ministros, representaciones de todos los elementos oficiales y particulares y Comisiones de todas las Ordenes religiosas.

La catedral, la Casa del Gobierno y demás edificios públicos durante el paso de la comitiva lucieron espléndidas iluminaciones y también fueron encendidos todos los faroles del trayecto.

Las tropas formaron en la carrera, luciendo uniformes de gala.

En la plaza del Congreso se estacionó una muchedumbre inmensa. Presentaba un aspecto brillante.

El Sr. Arzobispo, revestido de pontifical, asistido de brillante séquito religioso, dió la bendición papal con el SSmo. Sacramento. El acto fué emocionante, recibéndola la muchedumbre arrodillada y en medio de un silencio conmovedor. Después las bandas militares ejecutaron el Himno Nacional que fué cantado por el público.

Según cálculo de varias reseñas que hemos leído, el número de los que formaron en la procesión se aproximó mucho a doscientos mil, y en lo que todos están conformes es en que jamás vió Buenos Aires una manifestación pública tan solemne, tan soberana, tan magnífica, tan numerosa, ni tan respetuosa y aclamada como la Procesión Eucarística, en la que el Dios-Hombre Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado fué paseado bendiciendo las plazas y avenidas de la gran metrópoli sud-americana. ¡Bendito sea Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar!

Los elementos radicales se han retorcido de rabia ante el inmenso triunfo de la piedad católica, y en la Prensa, y en la calle y en el Parlamento han tratado de desahogar su encono. Ya antes habían presentado un memorial al señor ministro de la Guerra, General Allaria, para que no permitiera que los militares fueran en la procesión. Y el ministro de la Guerra, respondiendo cual cumplía a tanta osadía, no sólo ordenó que formaran varios regimientos escolta y rindieran armas al Santísimo y autorizó a las bandas de los regimientos que realzaban con sus acordes la magnificencia del acto de suprema adoración, sino que acompañado de varios ministros, generales, jefes y oficiales (todos de uniforme), senadores, diputados, intendente municipal (éste llevaba el guión), iba él mismo haciendo la guardia de honor al Rey de reyes y Señor de los señores, al Señor de los Ejércitos.

Así ha sabido responder el Ejército argentino a sus notorios y tradicionales sentimientos católicos. ¡Bien por los católicos argentinos!

Chierri & D. Bosco.
Junto a esta demostración de amor a Jesús Sacramentado hemos de consignar otra de afecto y amor a España que hicieron muy pocos días después los Argentinos. Al hecho de haber elevado el Gobierno español al rango de Embajada la representación diplomática de España en la Argentina, ha respondido aquel Gobierno con otro proyecto de ley sancionado ya por las Cortes, elevando

también a Embajada su representación diplomática en España. De los brillantes discursos que se pronunciaron con este motivo en las Cámaras, tomamos como muestra el siguiente fragmento:

« Los vínculos de España, la madre Patria, como la llamamos los Argentinos, nos demuestran, porque se sienten, y si se quisiera concretarlos bastaría recordar que hablamos español y que en nuestra lengua, que es expresión nacional, se cantaron nuestras glorias, se elabora nuestra ciencia y se discuten nuestras leyes.

España, vieja por su vida y por su obra, joven siempre por su espíritu y su valor, tuvo dominios extensos, en los cuales jamás se ponía el sol. Pobló esta tierra bendita de América, forjando el carácter de la raza, y realizó la obra colosal de la conquista en la cual venciera a la naturaleza y los hombres; sembró pueblos que nacieron viriles y que honrando la energía de sus mayores, tomaron al propio cargo la tarea de hacer la propia patria; por eso aquí se luchó, se triunfó y la patria se hizo.

Pero la separación política no modificó, ni podía modificar los vínculos naturales, por la misma razón por la cual no son susceptibles de alterarse las corrientes de los ríos ni los movimientos de los océanos!

La obra del Congreso de Tucumán glorificada y reconocida allá, en una y otra parte, por los descendientes de aquellos conquistadores que en dos continentes derrocharon con valor temerario semilla de energías y ejemplos de altivez, fundió a los pueblos de ambas naciones de manera definitiva, porque nos une con la coincidencia sincera de ideales levantados que son en la vida colectiva y en la vida personal, los únicos eslabones sólidos y perdurables.

Señor Presidente: Propiciamos la creación de esta Embajada como retribución de cordialidad, como medio de agregar un nuevo lazo a los que ya nos unen con España, madre de naciones, a quien le ha sido dado contemplar en plena acción la victoria de sus hijos, y satisfacción a los miles de Españoles que trabajan en nuestro suelo, contribuyendo a su progreso ».

**

Estos sentimientos no son privativos de la República del Plata. Toda la América latina, desde California hasta el polo antártico nutre para con la Madre idénticos sentimientos y anhela una unión espiritual y económica completa. Rafael Reyes ex-presidente de la simpática y culta Colombia, hace años viene peregrinando por toda América, predicando esta cruzada. ¡Es justo, es natural que los que tenemos la misma sangre y hablamos la misma lengua, vivamos estrechamente unidos y tengamos comunidad de intereses y reciprocidad en todo!

NECROLOGIA

D. Leopoldo Gomez Moure.

Después de larga y penosa enfermedad falleció en la ciudad de Vigo el celoso Cooperador Salesiano D. Leopoldo Gomez Moure.

Entusiasta de todas las obras buenas, a las que favoreció con largueza, tuvo para nosotros afecto verdaderamente paternal.

Mucho le debe a él la acción católica en Vigo: sobre ser un cristiano verdaderamente práctico, edificó el magnífico local que es hoy Círculo Católico de Obreros; dió a los Salesianos los terrenos en que se levanta el Colegio de S. Matías, a cuya construcción contribuyó eficazmente con sus limosnas; y viendo la insuficiencia de la capilla del Colegio, estableció en la parte baja de su casa la capilla de María Auxiliadora, abierta al público y en la que se realiza un gran bien.

Fortalecido con todos los sacramentos, la bendición papal y la de María Auxiliadora, que recibió repetidas veces durante su enfermedad, entregó al Señor su hermosa alma, llevando consigo el cariño y afecto de cuántos le conocieron.

Una oración para el eterno descanso de su alma.

COOPERADORES DIFUNTOS.

Valencia (España). — D. José y D. Enrique Vallbona Auferil, hermano, insignes cooperadores de las obras salesianas.

Jamundí (Colombia). — Sra. Leonor G de León, Ismenia F. de Barón, Rosario V de Mulato, Juan B. Rodríguez y Barbara Benites.

INDICE DEL AÑO 1916.

ENERO-FEBRERO.

Don Pablo Albera a los Cooperadores Salesianos	1
El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora	8
Documentos Salesianos	10
El primer Cardenal Salesiano	13
El Centenario en América	14
Bibliografía	18
Tesoro espiritual	18

De nuestras Misiones: *Un puente sobre el Indanza* — Un Diploma al P. Pedemonte 19
 Gracias de María Auxiliadora 21
 Favores de Don Bosco 22
 Por el mundo Salesiano: El Santo Padre y la nueva vida de Domingo Savio — Las Escuelas Salesianas del Arte del Libro en Leipzig — A la memoria de Mons. Lasagna — Antiguos Alumnos — Noticias varias — Necrología 26

MARZO-ABRIL.

La Cooperación Salesiana - I 29
 Documentos Salesianos 34
 Tesoro espiritual 35
 El Cardenal Cagliero 36
 La fiesta patronal en Turín 38
 De nuestras Misiones: El P. Bálzola en Turín — China: *Una inundación en el Heung-Shan* — El Sr. Obispo de Cuenca y las Misiones de Méndez y Gualaquiza — La India 39
 Favores del Vble. Bosco 42
 Ecos de los Centenarios 43
 Gracias de María Auxiliadora 50
 Bibliografía 51
 Por el mundo salesiano: *Málaga, Turin, Ramsey, Valencia, Buenos Aires, Panamá, La Paz* 52
 Necrología — Cooperadores Salesianos difuntos 55

MAYO-JUNIO.

¡Amemos al Sagrado Corazón! 57
 Nueva Prefectura Apostólica confiada a los Salesianos 58
 Tesoro espiritual 71
 El Emmo. Card. Cagliero 72
 Auras del Tibidabo 74
 El culto de María Auxiliadora: Oración a María Auxiliadora 75
 Gracias de María Auxiliadora 76
 Portentosa gracia de Domingo Savio 77
 Ecos de los Centenarios 78
 A los niños 80
 Por el mundo salesiano: El Congreso de antiguos alumnos en Buenos Aires 81
 Necrología — Cooperadores Salesianos difuntos 84

JULIO-AGOSTO.

La Cooperación Salesiana - II 85
 El día de la Prensa Católica 88
 El Cardenal Cagliero 86
 Tesoro espiritual 90
 Vida del Ven. Don Bosco 91
 De nuestras Misiones: *Los prodigios de María*

Auxiliadora en China 96
 A los niños 99
 El culto de María Auxiliadora: Indulgencia plenaria para el 24 de cada mes — La Fiesta en el Santuario de Turín — Gracias de María Auxiliadora 10
 Por el mundo salesiano: El VII Congreso Internacional de los Cooperadores Salesianos — Noble iniciativa del Superior de los Salesianos — Huésped ilustre — Inauguración de la capilla funeraria de Don Rua — Antiguos Alumnos — Noticias varias 106

SEPTIEMBRE-OCTUBRE.

La Cooperación Salesiana - III 113
 La conquista cristiana de la Patagonia a la fé y a la civilización por el Card. Cagliero 115
 Ecos de los Centenarios — Patagonia 119
 Tesoro espiritual 121
 La Obra de D. Bosco en la Rep. Argentina 121
 De nuestras Misiones: China: *El rescate de las niñas chinas* 125
 El Culto de María Auxiliadora: Nueva capilla en honor de María Auxiliadora — Fiestas de María Auxiliadora — Gracias de María Auxiliadora 127
 Bibliografía 133
 Por el mundo salesiano: Mons. Felix Guerra Arzobispo de Cuba — Mons. Olivares, Obispo de Nepi y Sutri — Barcelona: En el Tibidabo — Monumento en el Cerro de los Angeles — Malaga: Entronización del Sgdo. Corazón — Quito — Instituto para sordo-mudos en Nápoles 138
 Necrología: Sra. Da. Virginia Belloc — Cooperadores difuntos 139

NOVIEMBRE:-DICIEMBRE.

La Cooperación Salesiana - IV 141
 Vida de D. Bosco 144
 Tesoro espiritual 147
 D. Juan Lemoyne — Mons. Fagnano 148
 De nuestras misiones: *Dos puentes improvisados* — Nuevo Prefecto Apostólico y Nuevo Vicariato Apostólico 154
 El Culto de María Auxiliadora: Nuevo templo de María Auxiliadora 159
 Gracias de María Auxiliadora 161
 Por el mundo salesiano — Carabanchel alto — Noticias varias 163
 Necrología — Cooperadores difuntos 167

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica:
 Gerente: JOSE GAMBINO.
 Establec. Tip. de la S. A. Int. de la Buena Prensa.
 Corso Regina Margherita, N. 176- TURIN